La perla

John Steinbeck



Kino, un joven indígena mexicano, fuerte, pescador de perlas, vive en una pequeña ciudad, La Paz, con su pareja de hecho (con quien no se ha casado por no poder permitirse el lujo de pagar al sacerdote que oficie la ceremonia), Juana, y su hijo bebé, Coyotito. Cuando Coyotito es picado por un escorpión, Kino debe encontrar una manera de pagar al médico del pueblo, un hombre blanco extremadamente prejuicioso, para curar a su hijo. Cuando más lo necesita, Kino descubre una enorme perla del tamaño de un huevo de

gaviota, sabe que al venderla podrá pagar al médico y más. Sin embargo, otras fuerzas trabajan en contra de sus planes.

La perla es una historia basada en un cuento popular indígena; explora los secretos de la naturaleza del hombre, las profundidades más oscuras del mal, y los efectos desastrosos de salir de un sistema establecido. Cosas malas suceden si se abusa de la posición social, argumento que presenta el Párroco de esta historia.



John Steinbeck

La perla

ePUB v1.0

Cygnus 19.05.12

Título original: *The Pearl*
John Steinbeck, 1947.
Traducción: Francisco Baldiz
Retoque de portada: Cygnus

Editor original: Cygnus
ePub base v2.0

En el pueblo se cuenta la historia de la gran perla… La forma en que fue encontrada y la forma en que se perdió de nuevo. Hablan de Kino, el pescador, y de su esposa, Juana, y del bebé, Coyotito. Y porque la historia ha sido contada tantas veces, se ha arraigado en la mente de cada hombre. Y así como en todo relato vuelto a contar, y que está en los corazones de la gente, hay cosas buenas y malas, cosas en

blanco y negro, y cosas buenas y perversas y no cosas a medias en cualquier lugar.

Si esta historia es una parábola, tal vez todo el mundo tome su propio significado de ella y lea su propia vida en esta. En cualquier caso, dicen en el pueblo que…

I

Kino se despertó casi a oscuras. Las estrellas lucían aún y el día solamente había tendido un lienzo de luz en la parte baja del cielo, al este. Los gallos llevaban un rato cantando y los madrugadores cerdos ya empezaban su incesante búsqueda entre los leños y matojos para ver si algo comestible les había pasado hasta entonces inadvertido. Fuera de la casa edificada con haces de ramas, en el plantío de tunas, una bandada de pajarillos temblaban estremeciendo las alas.

Los ojos de Kino se abrieron, mirando primero al rectángulo de luz de la puerta, y luego a la cuna portátil donde dormía Coyotito. Por último volvió su cabeza hacia Juana, su mujer, que yacía a su lado en el jergón, cubriéndose con el chal azul la cara hasta la nariz, el pecho y parte de la espalda. Los ojos de Juana también estaban abiertos. Kino no recordaba haberlos visto nunca cerrados al despertar. Las estrellas se reflejaban muy pequeñas en aquellos ojos oscuros. Estaba mirándolo como lo miraba siempre al despertarse.

Kino escuchaba el suave romper de

las olas mañaneras sobre la playa. Era muy agradable, y cerró los ojos para escuchar su música. Tal vez sólo él hacía esto o puede que toda su gente lo hiciera. Su pueblo había tenido grandes hacedores de canciones capaces de convertir en canto cuanto veían, pensaban, hacían u oían. Esto era mucho tiempo atrás. Las canciones perduraban; Kino las conocía, pero sabía que no habían seguido otras nuevas. Esto no quiere decir que no hubiese canciones personales.

En la cabeza de Kino había una melodía clara y suave, y si hubiese podido hablar de ella, la habría llamado

La Canción Familiar.

Su manta le cubría hasta la nariz para protegerlo del aire desagradablemente húmedo. Sus ojos se movieron al oír un rumor a su lado. Era Juana levantándose casi sin ruido. Descalza, se acercó a la cuna de Coyotito, se inclinó sobre él y pronunció una palabra de cariño. Coyotito miró un momento hacia arriba, cerró los ojos y volvió a dormirse.

Juana fue hacia el fogón, extrajo un tizón y lo aireó para reavivarlo mientras dejaba caer sobre él algunas astillas.

Kino se había levantado envuelto en su manta. Deslizó los pies en sus

sandalias y salió a ver la aurora.

Al traspasar la puerta se inclinó para rodear mejor sus piernas con el borde de la manta. Veía las nubes sobre el Golfo como hogueras en el firmamento. Una cabra se acercó a él resoplando y mirándolo con sus ojos fríos y ambarinos. A su espalda el fuego de Juana llameaba lanzando flechas de luz entre las rendijas de la pared de ramaje y haciendo de la puerta un cuadro de luz oscilante. Una polilla lo atravesó en busca del fuego. *La Canción Familiar* sonaba ahora detrás de Kino, y su ritmo era el de la muela de piedra que Juana movía para triturar el grano de las tortas

matinales.

El alba llegaba rápida ya, un destello, un relámpago y luego una explosión ígnea al surgir el sol del fondo del Golfo. Kino miró al suelo para librar sus ojos del resplandor. Oía el batir de la masa de las tortas y su aroma sobre la batea del horno. En el suelo las hormigas se apresuraban, divididas en dos castas: grandes y relucientes, pequeñas y parduscas, mucho más veloces. Kino las observó con la indiferencia de un dios mientras una de las pequeñas trataba frenéticamente de escapar a la trampa de arena que una hormiga-león había

preparado para ella.

Un perro flaco y tímido se aproximó y a una suave llamada de Kino se acurrucó, colocó el extremo de la cola sobre sus patas y apoyó delicadamente su hocico sobre una estaca hundida en el suelo. Era negro, con manchas amarillentas donde debiera tener las cejas. Aquella era una mañana como otras y sin embargo perfecta entre todas. Oyó el leve crujir de las cuerdas al sacar Juana a Coyotito de su cuna, lavarlo y envolverlo en su chal de modo que quedara muy cerca de su seno. Kino podía ver todo esto sin mirarlo. Juana cantaba en voz baja una vieja canción

que sólo tenía tres notas y, no obstante, interminable variedad de pausas. Esto también formaba parte de *La Canción Familiar*, como todo. A veces llegaba a ser un acorde doloroso que ponía nudos en la garganta, musitando: «esto es certeza, esto es calor, esto lo es *todo*».

Al otro lado de la empalizada había otras casas de ramas, de las que también salía humo y los rumores previos al desayuno, pero aquellas eran otras canciones, los cerdos otros cerdos, las esposas unas distintas de Juana. Kino era joven y fuerte y su cabello negro caía sobre su morena frente. Sus ojos eran cálidos y fieros y su bigote exiguo y

áspero. Libró su nariz de la manta, porque el aire oscuro y venenoso había huido y la luz dorada del sol caía sobre la casa. Junto a la cerca dos gallos se encaraban con las alas combadas y las plumas del cuello erizadas. Su lucha era torpe; no eran gallos de pelea. Kino los miró un momento y luego sus ojos se alzaron hacia una bandada de palomas silvestres que se dirigían hacia las montañas, al interior, recogiendo luz sobre sus cuerpos blancos. El mundo ya estaba despierto, y Kino se incorporó y entró en su choza.

Cuando atravesó la puerta, Juana estaba en pie, algo apartada del

centelleante fogón. Devolvió a Coyotito a su cuna y empezó a peinarse la negra cabellera hasta formar dos trenzas a cuyos extremos ató dos cintas verdes. Kino se agachó junto al hogar, extrajo una tortilla caliente, la mojó en salsa y se la comió. Luego bebió un poco de pulque y dio por terminado su desayuno, el único que había conocido exceptuando los días de fiesta y un increíble banquete de pastelillos que había estado a punto de matarlo. Cuando Kino hubo acabado, Juana regresó al fuego y desayunó. En una ocasión habían hablado, pero no hay necesidad de palabras cuando se actúa por hábito.

Kino suspiraba satisfecho, y ésta era suficiente conversación.

El sol caldeaba la cabaña, atravesando sus paredes discontinuas. Uno de los delgados rayos cayó sobre la cuna de Coyotito y las cuerdas que la sostenían.

Fue un instante en que dirigieron sus miradas a la cuna, y entonces ambos se quedaron rígidos. Por la cuerda que sostenía el lecho infantil en la pared un escorpión descendía lentamente. Su venenosa cola estaba extendida tras él pero podía encogerla en un segundo.

La respiración de Kino se hizo silbante y tuvo que abrir la boca para

impedirlo. Su expresión había perdido el aire de sorpresa y su cuerpo ya no estaba rígido. A su cerebro acudía una nueva canción, la Canción del Mal, la música del enemigo, una melodía salvaje, secreta, peligrosa, bajo la cual la Canción Familiar parecía llorar y lamentarse.

El escorpión seguía bajando por la cuerda hacia el pequeño. En su interior, Juana repetía una vieja fórmula mágica para guardarse del peligro, y, más audible, un Avemaría entre dientes. Pero Kino se movía ya. Su cuerpo atravesaba el cuarto suave y silenciosamente. Llevaba las manos extendidas, las

palmas hacia abajo, y tenía puestos los ojos en el escorpión. Bajo éste, Coyotito reía y levantaba la mano para cogerlo. La sensación de peligro llegó al bicho cuando Kino estaba casi a su alcance.

Se detuvo, su cola se levantó lentamente sobre su cabeza y la garra curva de su extremo surgió reluciente.

Kino estaba absolutamente inmóvil. Oía el susurro mágico de Juana y la música cruel del enemigo. No podía moverse hasta que lo hiciera el escorpión, consciente ya de la muerte que se le acercaba. La mano de Kino se adelantaba muy despacio, y la cola venenosa seguía alzándose. En aquel

momento Coyotito, riéndose, sacudió la cuerda y el escorpión cayó.

La mano de Kino había saltado a cogerlo, pero pasó frente a sus dedos, cayó sobre el hombro de la criatura y descargó su ponzoña. Al momento Kino lo había cogido entre sus manos, aplastándolo. Lo tiró al suelo y empezó a golpearlo con el puño, mientras Coyotito lloraba de dolor. Kino siguió golpeando al enemigo hasta que no fue más que una mancha húmeda en el polvo. Sus dientes estaban al descubierto, el furor ardía en sus ojos y la Canción del Enemigo rugía en sus oídos.

Pero Juana había cogido al pequeño en sus brazos. Encontró la herida ya enrojecida, la rodeó con sus labios, aspiró fuerte, escupió y volvió a succionar mientras Coyotito chillaba, Kino permaneció en suspenso, su ayuda de nada servía, era un estorbo.

Los gritos del pequeño atrajeron a los vecinos, que fueron surgiendo de sus casuchas de ramaje. El hermano de Kino, Juan Tomás, su gorda esposa Apolonia y sus cuatro hijos se agolparon en la puerta bloqueando el paso mientras detrás de ellos otros trataban de mirar adentro y un pequeñuelo se deslizaba entre las piernas de los demás para ver

mejor. Los que estaban delante pasaban la noticia a los de atrás.

«Escorpión». «Ha picado al pequeño».

Juana dejó de chupar la herida un momento. El orificio era un poco mayor y sus bordes estaban blancos por la succión, pero la roja hinchazón se extendía cada vez más en torno suyo formando un duro bulto linfático. Toda aquella gente sabía cuanto había que saber del escorpión. Un adulto podía ponerse muy enfermo, pero un niño fácilmente podía morir. Sabían que primero venía la hinchazón, luego la fiebre y la sequedad de garganta,

después dolorosas contracciones del estómago y por último Coyotito podía morir si había entrado en su cuerpo suficiente veneno. Los gritos del pequeño se habían convertido en gemidos.

Kino había admirado muchas veces la férrea contextura de su paciente y frágil mujer. Ella, obediente, respetuosa, alegre y paciente, era capaz de retorcerse, en los dolores del parto sin exhalar un grito. Sabía soportar el hambre y la fatiga incluso mejor que el mismo Kino. En la canoa era fuerte como un hombre, y ahora hacía una cosa del todo sorprendente.

—El doctor —pedía—. Id a buscar al doctor.

La demanda pasó de boca en boca entre los que se amontonaban al exterior, que repitieron: «Juana pide un doctor». Asombroso, memorable, pedir la presencia del doctor, y conseguirla, más asombroso aún. El doctor no se acercaba jamás a las cabañas. ¿Cómo iba a hacerlo cuando tenía más trabajo del que podía atender entre los ricos que vivían en las casas de piedra y cemento de la ciudad?

—No vendrá —exclamaron los vecinos.

—No vendrá —repitieron los

parientes desde la puerta.

—El doctor no vendrá —dijo Kino a Juana.

Ella lo miró con ojos tan fijos como los de una leona. Era el primer hijo de Juana, casi todo lo que había en el mundo para ella. Kino se dio cuenta de su determinación y la música familiar sonó en su cerebro con tono acerado.

—Entonces iremos a él —decidió Juana. Con una mano dispuso el chal azul sobre su cabeza haciendo que un extremo envolviera a la llorosa criatura y con el otro cubrió sus ojos para protegerlos de la luz. Los de la puerta empujaron a los de atrás para abrir

paso. Kino la siguió y acompañados por todos emprendieron el camino.

Era ya un problema de toda la comunidad.

Formaban una acelerada y silenciosa procesión dirigiéndose al centro de la ciudad, delante Juana y Kino, tras ellos Juan Tomás y Apolonia, bailándole el enorme vientre por efecto de la apresurada marcha, y luego todos los vecinos con los niños corriendo a ambos lados. El sol amarillo proyectaba sus sombras negras hacia adelante, de modo que andaban persiguiéndolas.

Llegaron al lugar en que cesaban las cabañas y empezaba la ciudad de piedra

y mampostería, la ciudad de grandes muros exteriores y frescos jardines interiores donde las fuentes murmuraban y la buganvilla purpúrea, cárdena y blanca trepaba por las paredes. De los ocultos jardines oían los trinos de pájaros enjaulados y el salpicar del agua fresca sobre los mosaicos recalentados. La procesión atravesó la iluminada plaza y cruzó por delante de la iglesia. Había crecido mucho y los recién llegados eran rápidamente informados sobre la marcha de cómo el pequeño había sido picado por un escorpión y su padre y su madre lo llevaban al doctor.

Y los recién llegados, en particular

los mendigos de la entrada de la iglesia que eran grandes expertos en análisis financiero, miraban rápidamente la vieja falda azul de Juana, veían los rotos de su chal, evaluaban las cintas verdes en su pelo, leían la edad en la manta de Kino y el millar de lavados de sus ropas, los clasificaban al momento como gente mísera y seguían tras ellos para ver qué clase de drama se iba a representar. Los cuatro mendigos de la puerta de la iglesia conocían todo lo existente en la ciudad. Estudiaban la expresión de las jóvenes en el confesionario, las miraban al salir y sabían la naturaleza del pecado. Estaban enterados de todos los

pequeños escándalos y de algunos grandes crímenes. Dormían en los mismos escalones de la puerta de la iglesia así nadie podía entrar en el templo a buscar consuelo sin que ellos se enterasen. Y conocían al doctor. Sabían de su ignorancia, su crueldad, su avaricia, sus apetitos, sus pecados. Conocían sus feas intervenciones en abortos y los pocos centavos que daba alguna vez como limosnas. Habían visto entrar en la iglesia los cadáveres de todas sus víctimas, y ahora como que la misa había terminado y no era toda la hora mejor de su negocio, seguían a la procesión procurando aprender nuevas

cosas sobre sus congéneres, dispuestos a ver lo que iba a hacer el obeso e indolente doctor con una criatura indigente mordida por un escorpión. La apresurada procesión llegó por fin a la gran verja de la casa del doctor. Oían allí también el jugueteo del agua, el canto de lo pájaros y el ruido de escobas sobre las losas de la avenidas sombreadas. Y olían también el tocino frito en la cocina del doctor.

Kino vaciló un momento. Este doctor no era compatriota suyo. Este doctor era de una raza que casi durante cuatrocientos años había despreciado a la raza de Kino, llenándola de terror, de

modo que el indígena se acercó a la puerta lleno de humildad y como siempre que se acercaba a un miembro de aquella casta, Kino se sentía débil, asustado y furioso a la vez. La ira y el terror se mezclaban en él. Le sería más fácil matar al doctor que hablarle, pues los de la estirpe del doctor hablaban a los compatriotas de Kino como si fueran simples bestias de carga. Cuando levantó su mano derecha para coger el aldabón de la verja la rabia se había apoderado de él, en sus oídos sonaba intensamente la música del enemigo y sus labios se contraían fuertemente sobre sus dientes; pero con la mano

izquierda se quitaba el sombrero. El metálico aldabón resonó contra la verja. Kino acabó de destocarse y esperó. Coyotito gemía en brazos de Juana, que le hablaba dulcemente. La procesión se apiñó más para ver y oír más de cerca.

Al cabo de un momento la gran verja se abrió unas pulgadas. Kino pudo ver el verde frescor del jardín y los juegos del agua en la fuente. El hombre que lo miraba era de su propia raza. Kino le habló en la lengua ancestral

—Mi pequeño, mi primogénito, ha sido envenenado por un escorpión —explicó—. Necesita que lo curen

La verja se cerró un poco y el criado

se negó a emplear el viejo idioma.

—Un momentito —dijo—. Voy a informarme.

Cerró la verja y echó el cerrojo. El sol proyectaba las negras siluetas del grupo sobre los blancos muros.

En su alcoba el doctor estaba sentado en la cama. Llevaba puesto el batín de seda roja tornasolada que se había hecho traer de París, algo justo sobre su pecho cuando se lo abrochaba. En su regazo tenía una bandeja de plata con una chocolatera del mismo metal y una tacita de porcelana china; tan delicada que parecía una insignificancia cuando la levantaba en su mano

gigantesca, sosteniéndola entre índice y pulgar y apartando los otros tres dedos.

Sus ojos descansaban sobre bolsas de carne fláccida y su boca tenía un rictus de desagrado. Se estaba poniendo muy gordo y su voz era ronca por la grasa que oprimía su garganta. Junto a él, en una mesita, había un gong oriental y una caja de cigarrillos. El mobiliario del cuarto era enorme, oscuro y tristón. Los cuadros eran religiosos, incluso la gran fotografía en colores de su difunta esposa que, sin duda, gracias a las misas pagadas con su dinero, estaba en la Gloria. El doctor había sido en otro tiempo —muy breve— un miembro del

gran mundo y el resto de su vida habla sido una eterna añoranza de su Francia. «Aquello —decía— era vida civilizada», con lo que se refería a ingresos suficientes para mantener una querida y comer en restaurantes. Vació la segunda taza de chocolate y mordisqueó un bizcocho.

El criado llegó desde el jardín hasta su puerta y esperó que su presencia fuera observada.

—¿Qué hay? —preguntó el doctor.

—Un indio con una criatura. Dice que le ha picado un escorpión.

El doctor bajó la taza con cuidado antes de dejar su ira en libertad.

—¿No tengo nada que hacer más que curar mordeduras de insectos a los indios? Soy un doctor, no un veterinario.

—Sí, patrón —dijo el criado.

—¿Tiene dinero? —preguntó el doctor—. No, nunca tienen dinero. Yo, sólo yo en el mundo tengo que trabajar por nada, y estoy harto ya. ¡Ve a ver si tiene dinero!

El criado abrió la verja. Un poquito y miró a los que esperaban. Esta vez habló en el antiguo idioma.

—Tenéis dinero para pagar el tratamiento?

Kino hurgó en algún escondite secreto debajo de su manta y sacó un

papel muy doblado.

Pliegue a pliegue fue desdoblándolo, hasta que al fin aparecieron ocho perlas deformes, feas y grisáceas como úlceras, aplastadas y casi sin valor.

El criado cogió el papel y volvió a cerrar la puerta, pero esta vez no tardó en reaparecer. Abrió la verja el espacio suficiente para devolver el papel.

—El doctor ha salido —explicó—. Lo han llamado desde un caserío. —Y cerró apresuradamente.

Una ola de vergüenza recorrió todo el grupo. Se separaron. Los mendigos volvieron a los escalones de la iglesia, los curiosos huyeron, los vecinos se

apartaron para no ver la vergüenza de Kino.

Durante largo rato Kino permaneció frente a la verja con Juana a su lado.

Lentamente devolvió a su cabeza el sombrero de peticionario. Y entonces, impulsivo, golpeó la verja con el puño. Bajó la mirada y contempló casi con asombro sus nudillos despellejados y la sangre que corría por entre sus dedos.

II

La ciudad ocupaba un ancho estuario, alineando sus edificios de fachadas amarillentas a lo largo de la playa, sobre la que yacían las canoas blancas y azules que procedían de Nayarit, embarcaciones que durante siglos se venían recubriendo con una materia impermeable cuyo secreto de fabricación había estado siempre en poder de la gente pescadora. Eran barquitas esbeltas y de alto bordo, con la proa muy curvada, lo mismo que la popa, y un soporte en el centro donde

podía emplazarse un mástil para izar una pequeña vela latina.

La playa era de arena dorada, pero al borde del agua se veía sustituida por un amontonamiento de algas y conchas. Los cangrejos desprendían burbujas y removían el fondo moviéndose en sus agujeros de arena y, entre las rocas, pequeñas langostas entraban y salían continuamente de sus cavernas. El fondo del mar abundaba en seres que nadaban, se arrastraban o simplemente vegetaban. Las parduscas algas oscilaban a impulsos de débiles corrientes y las verdes hierbas submarinas se alzaban como cabelleras mientras pequeños

caballos de mar se adherían a sus largas hebras. Manchados botetes, lo peces venenosos, se escondían en el fondo de aquel césped, y los polícromos cangrejos nadadores pasaban sobre ellos una y otra vez.

En la playa los perros y cerdos hambrientos de la ciudad buscaban incansables algún pez muerto o algún pájaro marino que hubiera arribado con la pleamar.

Aunque la mañana estaba tan sólo iniciada, ya se había levantado la bruma engañosa. El aire incierto aumentaba algunas cosas y levantaba otras sobre el horizonte del Golfo de tal manera que

todos los panoramas eran irreales y no podía darse crédito a la vista; mar y tierra tenían las firmes claridades y la vaguedad confusa de un sueño. A esto podría deberse que la gente del Golfo creyese en las cosas del espíritu y de la imaginación pero no confiase en sus ojos acerca de distancias, trazado de contornos o cualquier exactitud óptica. Al otro lado del estuario se veía clara y telescópicamente definido un bosquecillo de mangles, mientras que otro igual a su lado no era más que una difusa mancha verdinegra. Parte de la playa opuesta desaparecía tras un telón brillante con aspecto de agua. No había

certeza en la visión ni prueba de que lo visto estuviese allí o no. La gente del Golfo suponía que en todas partes ocurría igual, y no les parecía extraño. Una bruma cobriza se apoyaba en el agua y el cálido sol matutino martilleaba sobre ella y la hacía vibrar, cegadora. Las chozas de los pescadores estaban a la derecha de la ciudad, y las canoas abordaban la playa frente a esta zona.

Kino y Juana descendieron lentamente hasta la playa y la canoa de Kino, la única cosa de valor que poseía en el mundo. Era muy vieja. Su abuelo la había comprado en Nayarit, se la había legado al padre de Kino y así habla

llegado hasta sus manos. Era a la vez su única propiedad y su único medio de vida, pues un hombre que tenga una embarcación puede garantizar a una mujer que algo comerá. Es como un seguro contra el hambre. Cada año Kino repasaba su canoa con la materia cuyo secreto también le venía de su padre. Al llegar a la canoa acarició su proa con ternura como hacía siempre.

Depositó en la arena su piedra de inmersión, su canasta y las dos cuerdas.

Dobló su manta y la colocó sobre la proa.

Juana puso a Coyotito sobre la manta y lo cubrió con su chal para que no le

diera el sol. Estaba muy quietecito ahora, pero la inflamación de su hombro había proseguido cuello arriba hasta la oreja y tenía toda la cara enrojecida y con aspecto febril.

Juana entró unos pasos en el agua y recogió un puñado de broza submarina, hizo con ella una pelota y la aplicó en el hombro de su hijo, remedio tan bueno como cualquier otro y probablemente mejor que el que el doctor había prescrito. Sólo tenía el inconveniente de ser demasiado sencillo y de no costar nada. Los dolores de estómago no habían empezado aún. Acaso Juana había sorbido el veneno a tiempo, pero

no así sus preocupaciones por su primogénito. Mas no había rogado por la curación directa de su hijo, sino porque le fuera posible halla una perla con la que pagar al doctor por la curación del niño, ya que la mentalidad del pueblo es tan insustancial como los espejismos del Golfo.

Kino y Juana empujaron la canoa hacia el agua y cuando la proa flotó, Juana se embarcó, mientras Kino empujaba por la popa andando tras ella hasta que flotó por entero y se estremeció al primer embate de las olas. Luego, con ritmo coordinado, Juana y Kino movieron sus remos de doble pala

y la canoa hendió el agua con un persistente susurro.

Hacía largo rato que habían salido los otros pescadores de perlas. Al cabo de pocos momentos Kino los distinguió bajo la bruma, navegando sobre el banco de ostras.

La luz se filtraba a través de las aguas hasta el lecho en que yacían las rugosas ostras perlíferas; un lecho pedregoso y tapizado de conchas destrozadas. Este mismo banco había hecho del Rey de España un gran poder europeo en años pretéritos ayudándole a costear sus guerras y a ornar las iglesias en provecho de su alma. Ostras grises

con pliegues como faldas femeninas, ostras recubiertas de impávidos peces de roca y escondidas entre largos tallos vegetales, y, por encima, pequeños cangrejos pululando incesantemente. A un accidente estaban expuestas estas ostras: que un grano de arena cayese entre los pliegues de sus músculos e irritase su carne hasta que ésta, para protegerse, recubriera el grano con una capa de suave cemento. Pero una vez empezada, el organismo no podría detener esta secreción sobre el cuerpo extraño, hasta que se desprendiera en una bajamar o la ostra fuese destruida.

Durante siglos los hombres habían

buceado para arrancar las ostras de sus lechos y abrirlas, en busca de granos de arena recubiertos. Nubes de peces vivían desde entonces con las ostras devueltas rotas al mar. Pero las perlas eran meros accidentes y hallar una era suerte; un golpecito amistoso de un dios en el hombro del escogido.

Kino tenía dos cuerdas, una ligada a una pesada piedra y la otra a un cesto.

Se quitó camisa y pantalones y dejó el sombrero en el fondo de la canoa. El 10 agua parecía oleaginosa. Cogió la piedra con una mano y la canasta con la otra, se sentó en la borda con los pies en el agua y la piedra lo arrastró al fondo.

Se alzó tras él un torbellino de burbujas y poco después el agua se aclaró y pudo ver. Por encima, la superficie del agua era fuliginoso y ondulante espejo, roto aquí y allá por las quillas de las canoas.

Se movía con precaución, para no enturbiar el agua. Con los pies sobre la piedra que lo había sumergido, sus manos actuaban velozmente desprendiendo ostras, unas aisladas, otras en grupos. Las guardaba en el cesto y seguía buscando afanoso.

El pueblo a que Kino pertenecía había cantado todos los hechos y todas las cosas. Había ideado canciones a la pesca, al mar iracundo y al mar en

calma, a la luz y a las tinieblas, al sol y a la luna, y todas las canciones seguían en el alma de Kino y de su pueblo, conscientes u olvidadas. Cuando hubo llenado su cesto, Kino era dueño de una canción, cuyo ritmo lo marcaban los latidos de su pecho y su melodía estaba en el agua gris-verdosa y en los animales marinos que nadaban en torno suyo. Pero en su canción se guardaba otra más recóndita, casi imperceptible, pero existente, dulce, secreta, y esta canción era la de la Perla Posible, pues cada molusco del oeste podía contener una perla. Las probabilidades eran escasas, pero la suerte y los dioses

podían estar con él. Y sabía que en la canoa, Juana le ayudaba en el rito mágico, rígido el rostro y tensos los músculos para empujar a la fortuna, para arrancar la suerte de manos de los dioses, ya que la necesitaba para curar el hombro enfermo de su Coyotito. Y como la necesidad era grande y el deseo mayor, la pequeña y secreta melodía de la Perla Posible era más fuerte que nunca. Frases enteras de su melodía se hacían oír junto a la canción eterna del Fondo del Mar.

Kino, orgulloso de su juventud y fuerza, era capaz de permanecer sumergido más de dos minutos sin

evidente esfuerzo, y este tiempo lo empleaba hábilmente en seleccionar los moluscos mayores. Un poco a su derecha había una masa de roca verde recubierta de ostras en cría no aptas para la pesca.

Kino rodeó el amontonamiento rocoso, y entonces, al lado de éste, bajo un pequeño reborde, vio una ostra muy grande, aislada de todos sus congéneres más jóvenes. El caparazón estaba entreabierto, pues la vieja ostra se sentía segura bajo aquel reborde rocoso y entre los músculos de color de rosa vio un destello casi fantasmal momentos antes de que la ostra se cerrase. Su corazón

aumentó el ritmo de su latir y la melodía de la Perla Posible inundó sus oídos. Lentamente desprendió la ostra de su lecho, y la llevó con ternura a su pecho. Desprendió sus pies de la cuerda que rodeaba la piedra y su cuerpo ascendió a la superficie hasta que su negro pelo brilló a la luz del sol. Se acercó al borde de la canoa y dejó la ostra a bordo.

Juana estabilizó la embarcación mientras él subía. Sus ojos de pescador brillaban excitados, pero tranquilamente tiró de las cuerdas hasta que tuvo arriba la gran piedra y la cesta de las ostras. Juana se dio cuenta de su excitación y

procuró mirar a otra parte. No es bueno desear algo con excesivo fervor. Hay que ansiarlo, pero teniendo gran tacto en no irritar a la divinidad. Pero Juana dejó de respirar. Con movimientos deliberadamente significativos, Kino abría la hoja de su fuerte cuchillo y miraba pensativo la canasta. Tal vez fuera mejor abrirla gran ostra la última. Tomó del cesto una de las menores, seccionó el músculo, rebuscó entre los pliegues carnosos y la arrojó al mar. Entonces pareció que viera la gran ostra por primera vez. Se arrodillo en el fondo de la canoa, la cogió y la examinó; sus valvas eran relucientes y

oscuras y tenían pocas adherencias. Kino vacilaba en abrirla. Sabía que lo que había visto podía ser un reflejo, un trozo de concha caído allí por casualidad o una completa ilusión. En aquel Golfo de luces inciertas había más ilusiones que realidades.

Pero sentía sobre sí los ojos de Juana, que no sabía esperar. Puso una mano en la cabeza de Coyotito, y dijo con dulzura:

—Ábrela.

Kino introdujo su cuchillo entre los bordes de caparazón. Notaba la firmeza de los músculos tensos en el interior, oponiéndose a la hoja cortante. Movió

ésta con destreza, el músculo se relajó y la ostra quedó abierta. Los carnosos labios saltaron desprendidos de las valvas y se replegaron vencidos. Kino los apartó y allí estaba la gran perla, perfecta como la luna.

Recogía la luz purificándola y devolviéndola en argéntea incandescencia. Era tan grande como un huevo de gaviota. Era la perla mayor del mundo.

Juana respiró con dificultad y gimió un poco. Para Kino la secreta melodía de la Perla Posible se hizo clara y espléndida, rica y cálida, luminosa triunfante. En la superficie de la gran

perla veía formas de ensueño. Extrajo la perla de la carne que la había creado y la levantó en su palma, le dio la vuelta y vio que sus curvas eran perfectas. Juan se acercó a mirarla sobre la mano de él, la misma mano que había golpeado la verja del doctor, y en la que las heridas en los nudillos se habían vuelto grisáceas por efecto del agua salada.

Instintivamente Juana se acercó a Coyotito que dormía sobre la manta de su padre. Levantó el amasijo de hierbas húmedas y miró su hombro.

—¡Kino! —gritó con voz aguda.

El dejó de mirar la perla y vio que la hinchazón remitía en el hombro del

pequeño, que el veneno huía de su cuerpo. Entonces el puño de Kino se cerró sobre la perla y la emoción se adueñó de él. Echó la cabeza atrás y lanzó un alarido. Los ojos le giraban en las órbitas y su cuerpo estaba rígido. Los hombres de las demás canoas levantaron los ojos asombrados, y metiendo los remos en el mar se dirigieron hacia la canoa de Kino.

III

Una ciudad se parece mucho a un animal. Tiene un sistema nervioso, una cabeza, unos hombros y unos pies. Está separada de las otras ciudades, de tal modo que no existen dos idénticas. Y es además un todo emocional.

Cómo viajan las noticias a su través es un misterio de difícil solución. Las noticias parecen ir más de prisa que la rapidez con que los muchachos pueden correr a transmitirlas, más de prisa de lo que las mujeres pueden vocearlas de ventana en ventana.

Antes de que Kino, Juana y los demás pescadores hubiesen llegado a la choza del primero, los nervios de la ciudad vibraban con la noticia. Kino había encontrado la Perla del Mundo. Antes de que jadeantes rapazuelos pudieran articular las palabras de su mensaje, sus madres lo sabían. La noticia volaba más allá de las humildes cabañas y llenaba como el espumoso frente de la marea toda la ciudad de piedra encalada. Alcanzó al cura mientras paseaba por el jardín, poniendo en sus ojos una mirada pensativa y rememorándole unas imprescindibles reparaciones en la iglesia.

Se preguntaba qué valor alcanzaría la perla y si había bautizado al hijo de Kino después de haber casado a éste, cosa que no recordaba. La noticia llegó a los mercaderes y éstos pusieron sus ojos en las telas almacenadas que no habían podido vender.

La noticia llegó al doctor mientras estaba sentado junto a su mujer, cuya única enfermedad era la vejez, sin que ella ni el doctor quisieran admitirlo.

Y cuando se le hizo patente quién era Kino, el doctor puso rostro grave y orgulloso a la vez.

—Es mi cliente —declaró—. Estoy tratando a su hijo una picadura de

escorpión.

Y giró los ojos en sus órbitas pensando en París. Recordaba la habitación que allí había ocupado como un lujoso departamento y la mujer de rostro duro que había vivido con él como una jovencita bella y amable, aunque no había sido ninguna de estas tres cosas. El doctor dejó de mirar a su decrépita consorte y se vio sentado en un restaurante de París en el momento en que un camarero descorchaba una botella de vino.

La noticia llegó muy pronto a los mendigos de la iglesia y les hizo regocijarse en extremo, pues sabían que

no hay espíritu más desprendido en el mundo que el de un pobre a quien de pronto favorece la fortuna.

Kino había encontrado la Perla del Mundo. En la ciudad, en sus covachuelas, se hallaban los hombres que compraban perlas a los pescadores. Esperaban sentados a que las perlas fuesen llegando, y parloteaban, luchaban, gritaban y amenazaban hasta que obtenían del pescador el precio más bajo posible. Pero había un precio por debajo del cual no se atrevían a ponerse ya que había ocurrido que algún pescador desesperado había dado sus perlas a la iglesia. Cuando terminaba la

compra ellos se quedaban solos y sus dedos jugueteaban incansables con las perlas, deseando poder ser sus dueños. Porque no había en realidad muchos compradores, sino uno solo, y todos ellos eran sus agentes, en oficinas separadas para dar apariencia de competencia. Llegó la noticia a estos hombres y su ojos se nublaron, sus dedos sintieron extraña quemazón y cada uno pensó que el patrón no viviría siempre y alguno tendría que sucederle. Y todos empezaron a calcular el capital necesario para instalarse.

Toda clase de gente empezó a interesarse por Kino, gente con cosas

que vender y gente con favores que pedir. Kino había encontrado la Perla del Mundo. La esencia de la perla se combinó con la esencia de los hombres y de la reacción precipitó un curioso residuo oscuro. Todo el mundo se sintió íntimamente ligado a la perla de Kino, y ésta entró a formar parte de los sueños, las especulaciones, los proyectos, los planes, los frutos, los deseos, las necesidades, las pasiones y los vicios de todos y de cada uno, y sólo una persona quedó al margen: Kino, con lo cual convirtióse en el enemigo común.

La noticia despertó algo infinitamente negro y malvado en la

ciudad; el negro destilado era como el escorpión, como el hambre al olor de la comida, o como la soledad cuando el amor se le niega. Las glándulas venenosas de la ciudad empezaron a segregar su líquido mortífero y toda la población se inflamó, infectada.

Pero Kino y Juana no sabían nada de esto. Como eran felices y estaban excitados creían que todo el mundo compartía su alegría. En efecto, así pasaba con Juan Tomás y Apolonia, y ellos entraban también en el mundo.

Por la tarde, cuando el sol remontó las montañas de la Península para sepultarse en el mar abierto, Kino buscó

cobijo en su casa y Juana con él.

La casucha estaba atestada de vecinos. Kino tenía la gran perla en la mano, como algo cálido y vivo. La música de la perla se había unido con la de la familia de tal modo que una embellecía a la otra. Los vecinos miraban la perla que Kino sostenía y se preguntaban cómo podía un hombre tener tanta suerte.

Y Juan Tomás, en cuclillas al lado derecho de Kino pues era su hermano, preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora que eres rico?

Kino miró su perla y Juana bajó las

pestañas y se cubrió el rostro con el chal para que no se viese su excitación. En la superficie iridiscente de la perla se formaban las imágenes que la mente de Kino había soñado en el pretérito y había rechazado por imposibles. Veía a Juana, a Coyotito y a él mismo. Estaban ante el altar y se casaban ahora que podían pagarlo.

Contestó en voz baja:

—Nos casaremos… en la iglesia.

En la perla veía cómo iban vestidos: Juana con un chal muy tieso por lo nuevo y una nueva falda, bajo cuyo borde Kino podía ver unos zapatos.

Todo estaba en la perla, que brillaba

incesante con ricas imágenes de ensueño. El también llevaba ropas nuevas, un sombrero mejor, no de paja sino de fieltro negro, y zapatos de ciudad. Y Coyotito llevaba un traje azul de marino estadounidense y una gorra blanca como Kino había visto una vez a bordo de un yate de recreo en el estuario. Todo esto estaba en la perla, y Kino siguió diciendo:

—Tendremos vestidos nuevos.

La música de la perla era ya en sus oídos como un coro de trompetas triunfales.

Luego fueron apareciendo en la centelleante superficie gris de la joya

las cosas que Kino necesitaba: un arpón que sustituyera al perdido hacía un año, un arpón nuevo, de hierro, con una anilla al extremo de la barra; y —su mente casi no podía atreverse a soñar tanto— un rifle pero, ¿por qué no, siendo tan rico? Y Kino se vio en la perla con una carabina Winchester. Era el sueño más loco de su vida y el más agradable.

Sus labios vacilaban antes de darle forma audible:

—Un rifle —declaró—. Puede que un rifle.

El rifle echaba abajo todas las barreras. Era una verdadera imposibilidad, y si podía pensar

tranquilamente en ello, horizontes enteros se disgregaban y se veía libre de toda atadura. Porque se dice que los humanos no se satisfacen jamás, que se les da una cosa y siempre quieren algo más. Y se dice esto con erróneo desprecio, ya que es una de las mayores virtudes que tiene la especie y la que la hace superior a los animales que se dan por satisfechos con lo que tienen.

Los vecinos, apretujados y silenciosos dentro de la cabaña, asentían a sus declaraciones fantásticas. Un hombre murmuró:

—Un rifle. Tendrá un rifle.

La música de la perla ensordecía a

Kino. Juana lo miró y sus ojos se admiraban de su valor y su fantasía. Una fuerza eléctrica le había invadido en el momento de descubrir la derrota de los horizontes. En la perla veía a Coyotito sentado en un pupitre del colegio como el que había visto una vez a través de una puerta entreabierta. Coyotito vestía chaqueta, cuello blanco y ancha corbata de seda. Más aún, Coyotito escribía sobre un gran trozo de papel. Kino miró a sus vecinos casi desafiador.

—Mi hijo irá a la escuela —anunció, y todos quedaron fascinados. Juana detuvo el aliento, brillándole los ojos mientras miraba a su marido y a

Coyotito en sus brazos para ver si podía ser verdad lo dicho.

El rostro de Kino brillaba, profético.

—Mi hijo leerá y abrirá los libros, y escribirá y lo hará bien. Y mi hijo hará números, y todas esas cosas nos harán libres porque él sabrá, y por él sabremos nosotros.

En la perla Kino se veía a sí mismo y a Juana sentados junto al fuego mientras Coyotito leía un gran libro.

—Esto es lo que la perla hará —terminó. Nunca había pronunciado tantas palabras seguidas. Y de pronto tuvo miedo de sus palabras. Su mano se cerró sobre la perla y robó su luz a todas las

miradas. Kino tenía miedo como lo tiene siempre un hombre al decir:

—Así será —sin saberlo a ciencia cierta.

Los vecinos sabían ya que acababan de presenciar algo maravilloso. Sabían que en adelante el tiempo se contaría a partir de la perla y su hallazgo, y que este momento sería discutido durante largos años. Si todo lo profetizado tenía lugar, ellos relatarían el aspecto de Kino, sus palabras y el brillo de sus pupilas, y dirían: «Era un hombre transfigurado. Algún poder le había sido imbuido. Ya veis en qué gran hombre se ha convertido a partir de aquel

momento. Y yo lo vi».

Y si los proyectos de Kino se reducían a la nada, los mismos vecinos dirían:

«Así empezó. Una estúpida locura se apoderó de él y le hizo decir insensateces. Dios nos libre de cosas parecidas. Sí, Dios castigó a Kino por su rebelión contra el curso normal de las cosas. Ya veis en qué ha parado todo. Y yo mismo fui testigo del momento en que perdió la razón».

Kino miró su puño cerrado y vio las cicatrices en los nudillos que habían golpeado la verja.

Llegaba la noche. Juana envolvió a

su hijito en el chal, apoyó su leve bulto en su cadera, fue al fogón, tomó un tizón, colocó sobre él unas astillas y sopló hasta obtener unas llamas que danzaron iluminando todos los rostros. Sabían que debían ir a preparar sus respectivas cenas, pero se sentían reacios a salir.

Ya estaban las tinieblas dentro de la casa y el fuego de Juana dibujaba sombras en las paredes de ramaje cuando corrió un murmullo de boca en boca:

—Viene el Padre, viene el párroco.

Los hombres se descubrieron y se apartaron de la puerta, y las mujeres envolvieron sus cabezas en los chales y

bajaron los ojos. Kino y su hermano Juan Tomás siguieron en pie. Entró el cura, un anciano canoso de cutis marchito y ojos llenos de juventud. Consideraba niños a aquella gente, y como a tales los trataba.

—Kino —empezó con dulzura—. Te llamas como un gran hombre, como un Padre de la Iglesia. —Sus palabras sonaban a bendición—. Tu homónimo civilizó el desierto y pacificó las mentes de tu pueblo ¿no lo sabías? Está en los libros.

Kino miró rápidamente a la cabeza de Coyotito, apoyada en el flanco de Juana. Algún día, pensaba, aquel

muchacho sabría qué cosas estaban en los libros y qué cosas no. Ya no había música en el cerebro de Kino, pero ahora lenta, delicadamente, empezaba a sonar la melodía de aquella mañana, la música del mal, del enemigo, pero muy débil. Y Kino miró a sus vecinos para ver quién podía haber traído tal música consigo.

Pero el sacerdote hablaba de nuevo.

—Me he enterado de que has encontrado una gran fortuna, una gran perla.

Kino abrió su mano y la exhibió, y el cura aspiró con fuerza al ver el tamaño y belleza de la perla. Luego dijo:

—Espero que te acordarás de dar gracias, hijo mío, a Quien te ha concedido este tesoro, y que rogarás su protección para el futuro.

Kino inclinó la cabeza torpemente, y fue Juana la que habló en voz baja:

—Sí, Padre. Y nos casaremos. Kino lo ha dicho.

Miró a los vecinos buscando su testimonio y ellos confirmaron sus palabras solemnemente.

El cura contestó:

—Es placentero ver que vuestros primeros pensamientos son tan buenos. Dios os bendiga, hijos míos —y volvióse, se alejó calladamente, y la

gente se apartó para hacerle paso.

Pero la mano de Kino se había cerrado fuertemente sobre la perla y miraba en torno suyo con desconfianza, porque la música maldita estaba en sus oídos, intentando ahogar la de la perla.

Los vecinos fueron escabulléndose hacia sus hogares y Juana se acercó al fuego y puso a hervir la cazuela de barro llena de legumbres. Kino fue hasta la puerta y se paró en el umbral. Como siempre, aspiraba el humo de muchos fuegos, veía las rutilantes estrellas y notaba la humedad del aire nocturno que le hacía envolverse mejor en su manta.

El perro flaco acudió a él y se tendió

a sus pies. Kino bajó la vista al suelo pero no lo vio. Al traspasar los lejanos horizontes había entrado en un vasto páramo de soledad. Se sentía desamparado y aislado, y le parecía que los chirriantes grillos y las ruidosas ranas entonaban la melodía del mal. Se estremeció y trató de envolverse mejor en la manta. Llevaba todavía la perla en la mano, oprimiéndola con fuerza, y la sentía cálida, suave, contra su piel.

Tras él oía a Juana amasando las tortas antes de depositarlas en la batea del horno. Kino apreciaba detrás de sí todo el calor y toda la seguridad de su familia y oía la Canción Familiar como

el runruneo de un gato casero.

Pero ahora, al anunciar cómo sería su futuro, lo había creado. Un proyecto es algo real, y las cosas proyectadas son como experimentadas ya. Un proyecto, una vez ideado y trazado se hace realidad, indestructible pero propicia a ser atacada. De este modo era real el futuro de Kino, pero desde el momento en que quedó plantado habían surgido otras fuerzas con el propósito de destruirlo, y esto lo sabía él muy bien, de tal modo que ya se preparaba a rechazar los ataques. También sabía que los dioses no gustan de los proyectos humanos, y que odian el éxito si no tiene

lugar por mero accidente. Sabía que los dioses se vengan de un hombre cuando triunfa por sus propios méritos, y en consecuencia Kino temía a los proyectos, mas habiendo esbozado uno ya no podía anularlo. Para rechazar los ataques, Kino empezaba a envolverse en un duro caparazón que lo aislara del mundo. Sus ojos y su cerebro paladeaban el peligro antes de que hubiese aparecido.

Desde la puerta vio cómo se acercaban dos hombres; uno de ellos llevaba una linterna que iluminaba las piernas de ambos. Atravesaron la puerta del cercado y se acercaron a la choza.

No tardó en ver que uno era el doctor y el otro el criado que habla abierto la verja por la mañana. Los nudillos destrozados de la mano derecha de Kino parecían abrasarle al descubrir de quiénes se trataba.

El doctor empezó:

—No estaba en casa cuando vinisteis esta mañana. Pero ahora, a la primera oportunidad, he acudido a ver al pequeño.

Kino siguió obstruyendo la puerta, llenos los ojos de odio y furor, pero a la vez de miedo, pues los cientos de años de dominación habían calado muy hondo en su espíritu.

—El niño está ya casi bien —contestó con sequedad.

El doctor sonrió, pero en sus ojos saltones no había sonrisa.

—A veces, amigo mío —arguyó—, la picadura de escorpión tiene un curioso efecto. Se produce una aparente mejoría, y luego, sin previo aviso, ¡puf!

Unió los labios y simuló una pequeña explosión para indicar lo rápido del accidente, y movió su maletín negro de doctor para que la luz de la lámpara lo iluminara, pues sabía que la raza de Kino tenía gran respeto por las herramientas de cualquier índole.

—A veces —siguió en tono melifluo

—, a veces el resultado es una pierna paralítica o una espalda corcovada. Oh, yo conozco bien la picadura del escorpión, amigo mío, y sé curarla.

Kino seguía sintiendo rabia y odio junto con infinito terror. El nada sabía, y quizás el doctor si. Y no podía correr el albur de oponer su cierta ignorancia contra la posible sabiduría de aquel hombre. Había caído en la trampa en que caía siempre su pueblo, como sucedería hasta que, como él había dicho, pudieran estar seguros de que las cosas de los libros estaban verdaderamente en ellos. No podía jugar al azar con la vida o la salud de

Coyotito. Se hizo a un lado y dejó que el doctor y su criado entrasen en la cabaña.

Juana se apartó del fuego y se echó atrás al verlos entrar, cubrió el rostro de su hijo con el chal y al extender el doctor su mano, abrazó con fuerza a la criatura y miró a Kino, sobre cuyo rostro el fuego hacía danzar movibles sombras.

Kino asintió con un gesto, y sólo entonces dejó ella que el doctor cogiera al pequeño.

—Levanta la luz —ordenó el médico, y cuando el criado obedeció, miró un momento la herida en el hombro infantil. Meditó unos momentos y luego levantó el párpado del niño para mirar

el globo del ojo. Movió la cabeza con gesto de aprobación mientras Coyotito se debatía en sus brazos.

—Es como suponía —declaró—. El veneno ya está dentro y no tardará en descargar su golpe mortal. ¡Mira! —volvió a levantar el párpado—. Mira, es azul.

Y Kino, que miraba lleno de ansiedad, vio que efectivamente, era un poco azul. No recordaba si siempre había sido un poco azul. Pero la trampa estaba ante él y no podía orillarla.

Los ojuelos del doctor rezumaban humedad.

—Le daré algo que tal vez anule el

veneno —anunció. Y devolvió el niño a Kino.

Luego sacó de su maletín un frasquito de polvo blanco y una cápsula de gelatina. Llenó la cápsula con un poco de polvo y la cerró, envolvió ésta en otra mayor y la cerró también. Entonces actuó con gran destreza. Volvió a coger al niño y le tiró del labio hasta que abrió la boca. Sus dedos colocaron la cápsula en el fondo de la boca, sobre la lengua, de donde no podía escupirla, recogió del suelo la botella de pulque y dio un trago a Coyotito, y con esto dio por terminada su actuación. Volvió a mirar el ojo de la criatura, apretó los

labios y simuló meditar.

Por fin entregó a Juana su hijo y se volvió a Kino.

—Creo que el veneno atacará dentro de una hora —anunció—. La medicina puede salvar al pequeño, pero dentro de una hora estaré de vuelta. Tal vez esté a tiempo de salvarlo. —Respiró con fuerza y salió de la choza, y su criado le siguió con la linterna.

Ahora tenía Juana al niño bajo su chal, y lo miraba con ansioso temor. Kino se le acercó, levantó el borde del chal y lo miró. Adelantó una mano para levantarle el párpado y entonces se dio cuenta de que seguía llevando en ella la

perla. Fue hacia un arca colocada junto a la pared, sacó un trozo de tela, envolvió en ella la perla, se dirigió a un rincón, cavó con las uñas en el suelo, colocó la perla en el agujero, lo cubrió y lo disimuló. Entonces volvió junto a Juana, que acurrucada, no apartaba los ojos de su hijo.

El doctor, de vuelta en su casa, se dejó caer en su sillón y miró el reloj. Su familia le llevó una frugal cena a base de chocolate, dulces y fruta, y él miró la comida con desagrado.

En las casas de los vecinos el mismo tema seguía dominando todas las conversaciones. Se enseñaban unos a

otros el tamaño de la perla, y hacían gestos acariciadores en el aire para indicar su belleza. Desde ahora espiarían muy de cerca a Juana y a Kino para ver si la riqueza los volvía locos, como sucedía siempre. Todos sabían por qué había acudido el doctor.

No era buen histrión y comprendían muy bien su actitud.

En el estuario una bandada de pececillos corría veloz saltando de cuando en cuando sobre las olas para huir de otros mayores que pretendían devorarlos. Desde sus cabañas los pescadores oían el leve chapoteo en el agua de los pequeños y el fuerte rumor

de los saltos de los mayores durante la persecución. La niebla que brotaba del Golfo iba depositándose sobre matojos y cactus dejando en ellos gotas saladas. Y los ratones nocturnos se deslizaban por el campo tratando de escapar a los milanos que se les echaban encima en profundo silencio.

El peludo can de manchas ambarinas sobre los ojos llegó a la puerta de Kino y miró hacia el interior. Sacudió sus cuartos traseros al mirarlo Kino y se tumbó perezoso cuando dejó de sentir sus ojos sobre sí. No entró en la casa, pero observó cómo devoraba Kino las legumbres de la cazuela, acompañadas

de una torta de maíz y de largos tragos de pulque.

Kino terminó su cena, y estaba liando un cigarrillo cuando Juana lo llamó con voz aguda:

—Kino.

La miró, se levantó y fue hacia ella porque veía el terror en su mirada. Se detuvo a su lado y miró hacia abajo, pero la luz era demasiado escasa.

Acercó unos leños al fuego para que levantaran llama y entonces pudo ver la cara de Coyotito. La tenía enrojecida, tragaba saliva con gran esfuerzo, pero algo brotaba entre sus labios. Había empezado el espasmo de los músculos

del estómago y el pobre niño padecía mucho.

Kino se arrodilló al lado de su esposa.

—El doctor lo sabía —observó, pero pensó para sí que aquel polvo blanco era muy sospechoso. Juana se balanceaba cantando la Canción de la Familia como si pudiera ahuyentar así el peligro, y la criatura vomitaba sin cesar entre sus brazos. Kino dudaba y la música del mal ahogaba en su cabeza la canción de Juana.

El doctor acabó su chocolate y recogió los trocitos de pastel caídos en el plato. Se limpió los dedos en una

servilleta, miró el reloj, se levantó y tomó su maletín.

La noticia de la recaída del niño había llegado rápidamente a las cabañas, porque la enfermedad es, después del hambre, el peor enemigo de los pobres. Y alguien comentó:

—La suerte, ya veis, trae malos compañeros.

Todos se mostraron de acuerdo y se encaminaron a casa de Kino.

Atravesaron las tinieblas envueltos en sus mantas hasta que llenaron de nuevo la choza de Kino. En pie, lo observaban todo y hacían comentarios a la inoportunidad de tal desgracia en un

momento de alegría, diciendo:

—Todo está en manos de Dios.

Las viejas se agachaban junto a Juana tratando de ayudarla o al menos de consolarla.

Entonces apareció el doctor, seguido de su criado, y las viejas huyeron como gallinas asustadas. Tomó al pequeño, lo examinó y palpó su cabeza.

—Ya ha actuado el veneno —anunció—. Creo que puedo vencerlo. Haré todo lo posible. —Pidió agua, y en la taza vertió tres gotas de amoníaco, abrió la boca al niño y le obligó a beber. El joven paciente se estremeció y escupió rechazando el tratamiento y

Juana lo miró con ojos de terror. El doctor hablaba sin parar —Es una suerte que yo conozca el veneno del escorpión, o de otro modo… —se encogió de hombros pasando por alto lo que pudiera haber ocurrido.

Pero Kino tenía sospechas y no podía apartar la vista del maletín abierto del doctor, y en él el frasco de polvo blanco. Gradualmente los espasmos se redujeron y el pequeño relajó sus músculos, suspiró profundamente y se durmió, cansado de vomitar.

El doctor lo devolvió a los brazos de Juana.

—Ahora se pondrá bueno —aseguró

—. He ganado la batalla. —Y Juana lo contempló con adoración.

El doctor cerraba ya su maletín.

—¿Cuándo creéis que podréis pagarme estas visitas? —inquirió con dulzura.

—Cuando haya vendido mi perla le pagaré —declaró Kino.

—¿Tienes una perla? ¿Una buena perla? —preguntó el doctor con interés.

Y entonces el coro de vecinos prorrumpió al unísono:

—Ha encontrado la Perla del Mundo —y unieron los pulgares a los índices para indicar su tamaño.

—Kino va a ser rico —exclamaron

—. Es una perla como no se ha visto otra igual.

El doctor parecía sorprendido.

—No me había enterado. ¿Guardas esa perla en lugar seguro? ¿No quieres que te la guarde en mi caja de caudales?

Los ojos de Kino casi habían desaparecido y la piel de sus mejillas estaba tensa.

—La tengo bien guardada —contestó —. Mañana la venderé y entonces le pagaré.

El doctor se encogió de hombros pero sus ojos no se separaron de los de Kino. Sabía que la perla, tenía que estar escondida en la casa y suponía que Kino

había de mirar hacia el sitio en que la había enterrado.

—Sería una irrisión que te robasen antes de que pudieras venderla —insistió el doctor, y vio que los ojos de Kino se volvían involuntariamente hacia el suelo cerca del rincón extremo de la cabaña.

Cuando se hubo marchado el médico y todos los vecinos hubieron vuelto a sus hogares a regañadientes, Kino se acurrucó junto a las brasas del fogón y escuchó los ruidos nocturnos, el suave rodar de las olas en la playa y los lejanos ladridos de unos perros, el silbido de la brisa entre las ramas del

tejado y las ahogadas conversaciones de sus vecinos.

Porque aquella gente no duerme toda la noche; se despiertan a ratos, charlan un poquito y luego vuelven a dormirse. No había pasado mucho tiempo cuando Kino se incorporó y fue hasta la puerta.

Aspiraba los aromas de la brisa y escuchaba intentando captar algún extraño rumor de seres arrastrándose, porque la música del mal llenaba su alma y tenía miedo a la vez que furia combativa. Después de escudriñar la noche con sus cinco sentidos se dirigió al rincón en que estaba enterrada la perla, la extrajo, la llevó a su jergón y

bajó éste cavó otro agujero donde la guardó.

Juana, sentada junto al fuego, lo miraba con ojos interrogantes y al verle enterrar la perla, preguntó:

—¿A quién temes?

Kino buscó en su cerebro la verdadera respuesta y dijo al cabo:

—A todos —y le pareció que su cuerpo se envolvía en una dura coraza.

Al cabo de un rato ambos yacían juntos sobre el jergón. Juana no había puesto al pequeño en su cuna colgante, sino que lo tenía en sus brazos cubriéndole la cara con su chal… Por fin se apagó el último destello del hogar.

Pero el cerebro de Kino ardía aún durante el sueño, y soñaba que Coyotito sabía leer en un libro grande como una casa, con letras del tamaño de perros, y las palabras galopaban y danzaban por todo el libro. Luego la oscuridad se extendió sobre la página y con ella volvió otra vez la música maldita y Kino se agitó en su lecho. Al sentir su agitación, Juana abrió los ojos en las tinieblas. Entonces se despertó él, ensordecido por la música del mal, y siguió tumbado con los oídos alerta.

En este momento, del rincón les vino un leve rumor que podía ser simple ilusión, un movimiento furtivo, el roce

de un pie sobre la tierra o el susurro casi inaudible de una respiración. Kino contuvo la suya para escuchar y se dio cuenta de que el maligno ser que había entrado en su casa la contenía también para escuchar. Durante un rato no les llegó sonido alguno de aquel rincón de la cabaña. Kino llegó a pensar que había soñado en aquel ruido, pero la mano de Juana subió por su hombro como avisándole, y entonces oyó de nuevo el rumor de unos pies sobre la tierra y unas uñas escarbando en el suelo.

Un furor salvaje llenó el pecho de Kino, su mano buscó entre las ropas su cuchillo y saltó como un gato rabioso,

buscando a tientas al intruso que ocupaba aquel rincón de su casa. Tocó tela, le dirigió un golpe con su cuchillo y lo erró, descargó otro, y entonces su cabeza pareció estallar de dolor y vio extrañas lucecitas. Algo se escurrió velozmente por el umbral, se oyeron pasos precipitados, y luego silencio.

Kino notaba que por la frente le corría la sangre y oía a Juana llamándolo:

—¡Kino, Kino! —Y su voz estaba llena de terror.

Volvió a sentirse sereno con la misma rapidez con que se había enfurecido y contestó:

—Estoy bien. Ya se ha ido.

Volvió a su lecho. Juana encendía ya el fuego. En las cenizas calientes prendió una ramita, inflamó un poco de paja y cortezas y consiguió que una débil luz azul llenara la cabaña. Entonces de un lugar escondido sacó una vela bendita, la encendió y la puso en pie sobre una piedra. Actuaba rápidamente, musitando algo mientras se movía. Humedeció el borde de su chal y lavó la sangre de la frente de Kino.

—No es nada —protestó él, pero su voz era áspera y su alma estaba llena de odio.

La tensión nerviosa que había ido

acumulándose en el espíritu de Juana brotó de pronto hirviente en la superficie.

—Esto es algo maldito —gritó con frenesí—. ¡Esta perla es pecado! Nos destruirá —y su voz tenía registros muy agudos—. Tírala, Kino, o déjame romperla entre dos piedras. Enterrémosla y olvidemos el sitio. Devuélvela al mar. Nos ha traído el mal. Kino, esposo mío, nos destruirá. —A la luz de la vela sus ojos y sus labios temblaban de miedo.

Pero el rostro de Kino, su mente y su voluntad eran ya inconmovibles.

—Es nuestra única oportunidad —

contestó—. Nuestro hijo debe ir a la escuela. Debe romper la trampa que nos ahoga.

—Nos destruirá —siguió gimiendo Juana—. Y a nuestro hijo también.

—Calla —ordenó Kino—. No digas más. Por la mañana venderemos la perla y entonces el mal se habrá ido y quedará el bien. Ahora calla, mujer.

Sus ojos contemplaban el fuego y entonces se dio cuenta que tenía el cuchillo en la mano. Lo levantó y vio la hoja de acero manchada de sangre.

Hizo un gesto como para limpiarla en sus pantalones pero luego lo clavó en tierra y así quedó limpio.

Gallos lejanos empezaron a cantar y un aire nuevo anunció la aurora. El viento del amanecer rizaba las aguas del estuario y suspiraba bajo los mangles. El golpeteo de las olas sobre la arena había cobrado mayor fuerza.

Kino levantó el jergón, descubrió su perla y la puso ante sí para contemplarla. Y su belleza, reluciente a la luz de la vacilante bujía, fascinó su cerebro. Era tan hermosa, tan suave, tan musical, una música de delicada promesa, garantía del futuro, la comodidad, la seguridad… Su cálida luminiscencia era un antídoto a la enfermedad y un muro frente a la insidia.

Era una puerta que se cerraba sobre el hambre. Mientras la miraba, los ojos de Kino se dulcificaban y su rostro perdía rigidez. Veía la imagen de la perla, y oía de nuevo la hermosa música del fondo del mar, de las luces verdes de las praderas submarinas. Juana, mirándolo a hurtadillas, lo vio sonreír. Y como eran una sola persona y una sola voluntad, ella sonrió con él.

El día empezaba lleno de esperanzas.

IV

Es maravilloso el modo con que una pequeña ciudad mantiene el dominio de sí misma y de todas sus unidades constitutivas. Si uno cualquiera de sus hombres, mujeres o niños actúa y se conduce dentro de las normas preestablecidas, sin quebrantar muros ni diferir con nadie, no hace arriesgadas experiencias en ningún sentido; no enloquece ni pone en peligro la estabilidad y la paz espiritual de la ciudad, entonces tal unidad puede desaparecer sin que vuelva a oírse nada

de ella. Pero en cuanto un hombre se aparta un poco de los caminos tradicionales, los nervios de toda la comunidad se estremecen y ponen en contacto estrecho a todas las demás células.

Así, en La Paz se supo a primeras horas de la mañana que Kino iba a vender su perla aquel día. Se sabía ya entre vecinos del caserío pescador, entre los mercaderes del barrio oriental, y en la iglesia, porque los monaguillos habían llevado la nueva. Hasta las monjas que se amontonaban en las gradas de la capilla. La mayoría de los traficantes de perlas lo sabían también, y

al llegar el día, cada uno de ellos estaba sentado frente a su bandejita forrada de terciopelo negro, acariciando perlas con la yema de los dedos y haciendo números mentalmente. Se suponía que los compradores de perlas eran individuos que actuaban aisladamente, compitiendo en la adquisición de las perlas que los pescadores les llevaban. Hubo un tiempo en que era así, pero aquel método resultaba absurdo ya que a menudo, en la excitación por arrebatar una buena perla a los competidores, se había llegado a ofrecer precios demasiados elevados. Esta extravagancia no podía tolerarse, y

ahora sólo había un comprador con muchas manos, y los hombres que en sus oficinas esperaban a Kino sabían qué precio habían de ofrecer, cuánto debían regatear y qué método tenía que desarrollar cada uno. Y aunque los beneficios de tales individuos no superaban nunca sus sueldos, los compradores de perlas estaban excitados, porque en la caza siempre hay excitación y su caza era la del precio más bajo posible. Todo hombre tiene en el mundo como función el ejercicio de sus habilidades, y nadie deja de hacer cuanto puede en este terreno, sin referencia alguna a sus opiniones

personales. Totalmente al margen de cualquier recompensa que pudieran conseguir, de cualquier palabra de encomio, de cualquier ascenso, un comprador de perlas era un comprador de perlas y el más feliz y más hábil de todos el que adquiriese a precio más bajo.

El sol estaba aquella mañana al rojo blanco, arrebatando la humedad al Golfo y al estuario y esparciéndola por el aire, haciéndolo vibrar y descomponiendo la visión. Al norte de la villa se veía en el horizonte una montaña que se hallaba a más de doscientas millas de distancia, con sus laderas cubiertas de pinares y

una recia cima rocosa coronando los límites de la arboleda.

Aquella mañana las canoas seguían alineadas sobre la playa; los pescadores no salían en busca de perlas porque iban a suceder muchas cosas dignas de verse cuando Kino fuese a vender la gran perla. En las chozas de ramas, los vecinos de Kino seguían sentados frente a sus desayunos hablando de lo que harían de ser ellos los dueños de la perla.

Uno decía que se la regalaría al Santo Padre de Roma, otro que pagaría misas por las almas de su familia durante mil años, otro opinaba que lo

mejor fuera distribuir el dinero entre los necesitados de La Paz, y un cuarto defendía que de todas las cosas buenas a hacer con el precio de la perla, ninguna como la caridad a manos llenas. Todos deseaban que la súbita riqueza no enloqueciera a Kino, no hiciera de él un verdadero rico, no lo sumergiera en toda la maldad del orgullo, el odio y la frialdad. Kino era querido de todos; sería doloroso que la perla lo echase a perder. —Es tan buena la pobre Juana —decían— y Coyotito, y los que vengan. Sería doloroso que la perla los aniquilase.

Para Kino y Juana era aquélla la

mañana más grande de sus vidas, comparable tan sólo al día del nacimiento del niño. Este iba a ser el día del que todos los demás dependiesen.

Dirían: «Eso fue dos años antes de que vendiésemos la perla» o: «Seis semanas después de la venta de la perla».

Juana, cuando pensaba en esto, olvidaba todos sus temores. Vistió a Coyotito con las ropas que le había preparado para el bautismo, en espera de tener dinero para la ceremonia. Y ella se peinó sus guedejas negras, ató sus extremos con dos cintas rojas y se puso la falda y el corpiño que tenía

confeccionado para la boda. El sol estaba a media altura cuando estuvieron listos. Las ropas de Kino, muy raídas, estaban por lo menos limpias, y además, era el último día que vestiría de harapos. Porque al siguiente, o aquella misma tarde, tendría ropa nueva.

Los vecinos, espiando la puerta de Kino por las rendijas de las paredes de sus casas estaban dispuestos también. No era por ostentación por lo que acompañaban a Kino y a Juana a la venta de la perla. Era un momento de expectación, histórico, y estarían locos si no fuesen. Incluso sería un gesto inamistoso.

Juana se puso el chal con esmero, dejó bajo su brazo derecho uno de los extremos y lo recogió con la mano, formando una bolsa en la que colocó a Coyotito con la cabeza fuera para que pudiese verlo todo y tal vez recordar.

Kino se puso su ancho sombrero de paja y comprobó con la mano que lo llevaba airosamente, no como un hombre descuidado e inexperto, ni tampoco como lo llevaría un anciano, sino un poco echado hacia adelante para denotar agresividad, formalidad y vigor. Pueden adivinarse muchas cosas en la posición de un sombrero en la cabeza de un hombre. Kino se calzó sus sandalias y se

las ató a los tobillos. Envolvió la perla en un trozo de piel de gamuza y el paquetito lo introdujo en una cartera de cuero que colocó con cuidado en un bolsillo de su camisa. Dobló con cuidado su manta y la colgó de su hombro izquierdo. Estaban dispuestos. Kino salió con aire digno de la casa, siguiéndole Juana con Coyotito. Y cuando echaron a andar por el sendero hacia la ciudad, los vecinos se les unieron. Las casas vomitaban personas, las puertas hervían de chiquillos. Mas por la seriedad del caso, sólo un hombre caminaba junto a Kino, y era su hermano, Juan Tomás.

Juan Tomás trataba de prevenirlo.

—Debes tener cuidado de que no te estafen —le advirtió.

—Mucho cuidado —convino Kino.

—No sabemos qué precios se pagan en otras partes —siguió hablando Juan Tomás—. ¿Cómo sabremos que nos ofrecen una cantidad razonable si desconocemos lo que el traficante obtiene en otros sitios?

—Eso es verdad —dijo Kino— pero ¿cómo vamos a saberlo? Estamos aquí, no allí.

Mientras se dirigían a la ciudad la muchedumbre se agolpaba tras ellos, y Juan Tomás, de puro nerviosismo, no

podía callarse.

—Antes de que nacieras, Kino —le decía—, los viejos idearon un sistema para obtener más dinero con sus perlas. Se les ocurrió que sería mejor tener un agente que llevara las perlas a la capital y las diera, cobrándose una comisión por su trabajo.

Kino asintió.

—Lo sé -declaró—. Era una buena idea.

—De modo que buscaron a un hombre, le dieron las perlas y lo enviaron.

»Nunca más se volvió a oír hablar de él y las perlas desaparecieron.

»Buscaron otro agente y desapareció del mismo modo. Entonces olvidaron el proyecto y regresaron al viejo camino trillado.

—Sí —confirmó Kino—. He oído a nuestro padre explicarlo. Era una buena idea, pero iba contra la religión, según dice el cura. La pérdida de las perlas era el castigo contra los que querían traicionar a su patria chica. El Padre asegura que cada hombre y cada mujer son como un soldado que Dios coloca para custodiar una parte de la fortaleza del Universo. Unos están en las murallas y otros en el interior del castillo, pero todos han de ser fieles a su puesto de

centinela, sin abandonarlo nunca, o de lo contrario el castillo quedaría expuesto a los asaltos del Infierno.

—He oído ese sermón —comentó Juan Tomás—. Lo predica cada año.

Los hermanos, mientras caminaban, semicerraban los ojos para mirar a todas partes con disimulo, tal como sus abuelos y bisabuelos habían hecho durante cuatrocientos años desde el día en que llegaron los extranjeros con su autoridad, su pólvora y sus sermones. Durante los cuatrocientos años los compatriotas de Kino sólo habían podido aprender un medio de defensa: semicerrar los ojos, apretar los labios y

sumirse en una actitud distante y altiva. Era como edificar una pared en su tomo, pared que los aislaba totalmente.

La procesión era solemne, imbuida de la importancia del momento, y el niño que manifestaba tendencia a patalear, chillar, llorar o hacer travesuras, era reducido al silencio por sus mayores. Era un día tan importante que un anciano iba con ellos a hombros de su sobrino. La procesión dejó atrás la aldehuela y entró en la ciudad encalada cuyas calles eran relativamente anchas con estrechas aceras frente a los edificios. Y como la vez anterior, al pasar frente a la iglesia se les unieron los mendigos, los

tenderos se asomaron a verlos pasar, las tabernuchas perdieron momentáneamente sus asiduos y algunos mercaderes cerraron sus locales para marchar con el grupo. El sol daba de lleno en las calles y todo guijarro tenía su propia sombra bien marcada.

La noticia del avance de la procesión se adelantaba a ésta y en sus oscuros tabucos los compradores de perlas estaban ya rígidos y en actitud de alerta.

Sacaron papeles para poder simular actividad a la llegada de Kino y guardaron las perlas en los cajones, porque no es buena cosa dejar ver una

perla inferior junto a una belleza. Ya estaban ellos enterados de la magnificencia de la perla de Kino. Las tiendas de estos especuladores estaban todas en una misma callejuela, con sus ventanas enrejadas y con celosías de madera para que sólo entrara un poquito de luz exterior.

En una de ellas esperaba sentado un hombre corpulento. Su fisonomía era paternal y bondadosa y en sus ojos brillaban los más amistosos sentimientos. Era un repartidor de «buenos días», un ceremonioso estrechador de manos, un hombre divertido que siempre tenía un chiste a

punto sin que ello le impidiera llegar en un instante a la tristeza más honda al recordar el fallecimiento de la tía del interlocutor, con ojos enternecedoramente húmedos. Aquella mañana había colocado en su mesa un jarrón con una flor, un hibisco escarlata, junto a la bandejita negra de terciopelo. Se había afeitado hasta no dejar más que la mancha azulada de la barba sobre el cutis, sus manos estaban limpias y sus uñas recortadas.

Tenía abierta la puerta y tarareaba una cancioncilla mientras con los dedos de la mano derecha hacía desaparecer y aparecer de nuevo una moneda, con

hábil truco de prestidigitador. Pero no miraba sus rápidos dedos; la acción era mecánica, precisa, mientras el hombre canturreaba y miraba la puerta abierta. Oyó el rumor de muchos pasos aproximándose y sus dedos aumentaron la velocidad del juego, y cuando la figura de Kino llenó el umbral, la moneda desapareció con un destello final.

—Buenos días, amigo mío —exclamó el enorme individuo—. ¿En qué puedo ayudarte?

Kino se esforzaba por adaptar su vista a la oscuridad de la estancia, cegado como estaba por el resplandor

exterior. Los ojos del especulador tenían ahora una mirada firme y cruel como la de un halcón, mientras el resto de su rostro sonreía con toda cordialidad. Y disimuladamente, bajo la tapa de la mesa, su mano derecha seguía haciendo el juego de prestidigitación.

—Tengo una perla —declaró Kino, y Juan Tomás apoyó sus palabras con un gruñido. Los vecinos se agolpaban en la puerta y unos cuantos niños habíanse encaramado en la verja de la ventana.

—Una perla —repitió el mercader —. Hay veces que un hombre me trae una docena. Bien, veamos tu perla. La valoraremos y se te dará el mejor precio

posible. —Sus dedos movían la moneda a velocidad vertiginosa.

Kino actuaba por instinto del modo más teatral posible. Sacó lentamente la carterita de cuero, tomó de ella el trozo de gamuza y dejó que la gran perla rodase sobre el negro terciopelo, e inmediatamente miró el rostro que tenía ante sí. Pero allí no había signo ni movimiento alguno, el rostro no cambió, mas la mano que jugueteaba oculta perdió su precisión, la moneda tropezó con un dedo y cayó sin ruido sobre el regazo del hombre. La mano se crispó bajo el borde de la mesa, y cuando salió de su escondite, el índice acarició

tembloroso la gran perla. Luego, con la ayuda del pulgar, la levantó hasta los ojos haciéndola centellear en el aire.

Kino contenía la respiración, y también sus vecinos, toda la multitud hacia comentarios en voz baja.

—Está observándola… todavía no se ha hablado del precio.

La mano del traficante había adquirido de pronto vigorosa personalidad.

Sopesaba la gran perla, la dejaba caer sobre la bandejita y el índice la oprimía con fuerza y parecía insultarla mientras que por el rostro del mercader vagaba una triste y desdeñosa sonrisa.

—Lo siento, amigo mío —habló por fin, elevando los hombros para indicar que de la desgracia no era él responsable.

—Es una perla de gran valor —dijo Kino.

Los dedos del traficante siguieron jugando con la perla haciéndola correr sobre el terciopelo y rebotar en los bordes de la bandeja.

—Esta perla es demasiado grande —explicó—. ¿Quién va a querer comprarla?

»No hay mercado para cosas así. No pasa de ser una curiosidad. Lo siento; creías que era algo de valor, pero ya ves

que sólo es una curiosidad.

Kino estaba perplejo y aturdido.

—Es la Perla del Mundo —protestó—. Nadie ha visto nunca otra igual.

—Sufres un error —insistió el otro—. Es grande y fea. Como curiosidad puede tener interés; acaso un museo la exhibirá junto a una colección de fósiles marinos. Yo sólo podría darte mil pesos.

El rostro de Kino se ensombreció y se hizo amenazador.

—Vale cincuenta mil —contestó— y usted lo sabe. Lo que quiere es estafarme.

Se oyó un fuerte murmullo entre la multitud al circular por ella el precio

ofrecido, y el traficante sintió un poco de miedo.

—No me culpéis a mí —suplicó—. No soy más que un tasador. Preguntad a los otros. Id a sus oficinas y enseñadles la perla… o mejor, hacedles venir aquí, para que veáis que no os engaño. Muchacho —llamó, y cuando su criado apareció en la puerta de la trastienda, le ordenó—: Ve a casa de tal, de tal otro, y de tal otro. Diles que se pasen por aquí y no les expliques el motivo. Solamente que me gustaría verlos. —Su mano derecha volvió a desaparecer bajo la mesa con otra moneda que empezó a saltar de nudillo en nudillo con

vertiginosa rapidez.

Los amigos de Kino hablaban con volubilidad. Habían temido que sucediera una cosa así. La perla era grande pero tenía un extraño tinte, que desde el principio les había inquietado. Y, después de todo, mil pesos no eran nada despreciable. Eran una riqueza relativa para un hombre que no poseía nada.

Supongamos que Kino los aceptara; al fin y al cabo el día antes estaba en la miseria.

Pero Kino había endurecido su espíritu y sus pensamientos. Sentía el roce del destino, se creía rodeado de un

círculo de lobos famélicos, oía el vuelo lúgubre de voraces buitres sobre su cabeza. Sentía el hielo maligno en torno suyo y se sentía inerme, indefenso. En sus oídos rugía la música del mal, y sobre el terciopelo centelleaba la perla, de la que el tasador no podía apartar los ojos.

Los curiosos agolpados en la entrada se apartaron para dejar pasar a los tres compradores de perlas. Se había hecho el silencio, pues nadie quería perderse una palabra, un gesto o una expresión. Kino callaba y observaba.

Sintiendo una leve presión en su espalda, se volvió para encontrarse con

los ojos de Juana, que le devolvieron las fuerzas.

Los recién llegados no se miraban uno al otro ni tampoco a la perla. El dueño del local habló así:

—He fijado un precio a esta perla y el dueño no lo halla justo. Voy a pedirles que la examinen y hagan una oferta. Fíjate —indicó a Kino— que no he mencionado cuál era el precio.

El primero de los convocados, seco y estirado, pareció ver la perla por primera vez en aquel instante. La cogió, la hizo girar entre índice y pulgar y la arrojó con desprecio sobre la bandeja.

—No me incluyáis en la discusión

—exclamó—. No voy a hacer oferta alguna. Me niego. Esto no es una perla; es una monstruosidad —y sus labios se curvaron desdeñosamente.

El segundo, un hombrecillo de tímidos modales y voz muy aguda la tomó a su vez y la examinó con gran cuidado. Sacó una lupa de su bolsillo y se valió de ella para estudiar la perla. Empezó a reír suavemente.

—Hay perlas falsas mejores que ésta —declaró— Conozco bien estas cosas.

Es blanda y yesosa, perderá el colorido y desaparecerá dentro de pocos meses. Mira… —ofreció la lupa a Kino

indicándole cómo había de usarla, y Kino, que nunca había visto con aumento la superficie de una perla, quedó perplejo ante el aspecto extrañamente rugoso de aquélla.

El tercero la arrebató de manos del pescador.

—A uno de mis clientes le gustan estas cosas —le dijo—. Te ofrezco quinientos pesos y tal vez pueda vendérsela por seiscientos.

Kino volvió a apoderarse de la perla, la envolvió en la gamuza y la guardó en su pecho.

Entonces intervino el hombre sentado detrás de la mesa.

—Soy un loco, bien lo sé, pero mantengo mi primera oferta. Sigo ofreciendo mil pesos. ¿Qué haces? —preguntó al ver a Kino guardarse la perla.

—Esto es una estafa —gritó Kino con fuerza—. Mi perla no se vende aquí. Voy a tener que ir a la capital.

Los compradores se miraron unos a otros. Se dieron cuenta de que habían ido demasiado lejos; sabían que se les reñiría severamente por su fracaso, y en un esfuerzo el que había pujado más alto propuso:

—Podría llegar hasta mil quinientos.

Pero Kino se abría paso entre la

multitud. Las voces llegaban a él muy debilitadas, pues la sangre rabiosa le ensordecía. Se alejó a grandes zancadas, y Juana lo siguió, corriendo.

Al caer la noche los vecinos en sus chozas comentaban entre bocado y bocado el gran tema de aquella mañana. No tenían certeza de nada; les parecía una perla maravillosa, pero en realidad nunca las habían visto de aquella especie, y sin duda los traficantes sabrían más de perlas que ellos.

—Y es muy significativo —repetían— que los compradores no discutieron entre sí.

—Todos sabían que la perla no valía

nada.

—Pero, ¿y si lo hubiesen preparado de antemano?

—Si es así, toda nuestra vida hemos estado siendo estafados.

—Acaso —argüía uno—, acaso habría sido mejor que Kino hubiese aceptado los mil quinientos pesos. Era mucho dinero, más del que había visto nunca. Puede que Kino fuese un loco. Supongamos que se fuera de veras a la capital y no encontrase comprador para su perla. No sobreviviría a una cosa así.

—Y ahora —decían los temerosos —, ahora que los había desafiado, los especuladores ya no querrían tratar con

él. Podría ser que Kino se hubiera cortado la retirada con su actitud.

Otros oponían que Kino era un valiente y que tenía razón. De su valentía todos podían sacar provecho. Estos estaban orgullosos de Kino.

En su casa Kino yacía sobre su jergón, meditando. Había enterrado la perla bajo una piedra del fogón y ahora miraba los dibujos de la tela del colchón hasta que sus arrabescos le mareaban. Había perdido un mundo para no ganar ninguno, y tenía miedo. Jamás en toda su vida se había alejado de su hogar. Le atemorizaba el monstruo desconocido que llamaban «la capital».

Se asentaba sobre el agua y entre montañas, a más de mil millas de allí, cada una de las cuales parecía una amenaza. Pero Kino había perdido su mundo y tenía que trepar hasta otro nuevo. Su sueño del futuro seguía siendo real e indestructible, había dicho «iré» y esto hacía también realidad la partida. Decidir marcharse y decirlo era como estar a medio camino.

Juana le vio enterrar la perla y estuvo observándole mientras lavaba a Coyotito y preparaba las tortas.

Entró Juan Tomás y se sentó junto a Kino, guardando silencio hasta que por fin Kino preguntó:

—¿Qué otra cosa podía hacer? Son unos estafadores.

Juan Tomás asintió con gravedad. Era el mayor y de él se aconsejaba siempre Kino.

—Es difícil dar consejo —habló—. Sabemos que nos vienen estafando desde la cuna. Pero vamos viviendo. Has desafiado no sólo a los compradores de perlas, sino a la organización entera de nuestra vida, y temo por ti.

—¿Qué he de temer sino el hambre? —preguntó Kino.

Juan Tomás no parecía conforme.

—Eso hemos de temerlo todos.

Pero, supongamos que no te equivocas, supongamos que tu perla es de gran valor… ¿crees que ya está todo resuelto?

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —repuso Juan Tomás—, pero temo por ti. Pones los pies en terreno desconocido y no tienes idea del camino a seguir.

—Quiero irme. Irme muy pronto —insistió Kino.

—Sí. —Juan Tomás estaba de acuerdo—. Debes hacerlo, pero me pregunto si en la capital hallarás alguna diferencia. Aquí tienes amigos y me tienes a mí, tu hermano. Allí nadie.

—¿Qué puedo hacer? —gimió Kino —. Aquí no encuentro más que injusticia. Mi hijo debe tener una oportunidad, y no quiero que la destruyan. Mis amigos me ayudarán.

—Mientras no se ven con ello en peligro o incomodidad —corrigió Juan Tomás. Y se levantó diciendo-: Ve con Dios.

Kino repitió:

—Ve con Dios —y no levantó la voz al decirlo, pues las palabras aquellas le habían estremecido.

Mucho después de que Juan Tomás se hubiese marchado, Kino seguía meditabundo. Le invadía el letargo gris

de la desesperanza. Veía todos los caminos cerrados y en su cabeza sonaba la música enemiga. Sus sentidos hervían, pero su cerebro se hacía copartícipe de la vida externa a él, don particular de su raza. Así, oía todos los rumores de la noche, las quejas soñolientas de los pájaros, la agonía pasional de los gatos, el avance y retroceso de las olas sobre la playa y el susurro del viento. A su olfato llegaba el punzante olor de los residuos vegetales abandonados por la marea. Ante sus ojos tenía incesantemente el dibujo del colchón recogiendo la luz de un leño que chisporroteaba.

Juana lo miraba preocupada, pero sabiendo que le ayudaría más guardando silencio y permaneciendo cerca de él. Y aunque ella también oía la Canción del Mal, luchaba contra ella canturreando la melodía familiar, tranquilizadora, cálida y poética. Tenía a Coyotito en los brazos y a él le cantaba para ahuyentar el mal, y su voz casi derrotaba la amenaza del negro espíritu.

Kino no se movía ni pedía la cena. Ella sabía que cuando la quisiera la pedirla. Sus ojos eran los de un poseso, y seguía con atención el vuelo en torno a la casa de una amenaza casi materializada, el furtivo arrastrarse de

algo que acechaba su salida al exterior en tinieblas, algo sombrío y terrorífico pero que le llamaba, amenazándolo y desafiándolo. Su mano derecha buscó bajo su camisa el cuchillo; sus ojos estaban abiertos; se puso en pie y fue hasta la puerta.

Juana quería detenerlo; levantó una mano y la boca se le abrió en mudo grito de terror. Largamente miró Kino la oscuridad antes de perderse en ella. Juana oyó el arrastrarse de sus pies, el rumor de la lucha, los sordos golpes. Permaneció helada de terror y al cabo sus labios se entreabrieron como los de un gato, descubriendo su dentadura.

Dejó a Coyotito en el suelo, tomó una gran piedra del fogón y salió corriendo, pero ya era tarde.

Kino estaba en el suelo, tratando de incorporarse, y no se veía a nadie próximo a él. Sólo se oía el rumor del agua y el silbido del viento. Pero el mal se hallaba allí mismo, escondido entre las matas del cercado, a la sombra de la casa, entre los pliegues del aire nocturno.

Juana dejó caer la piedra, rodeó a Kino con sus brazos y le ayudó a levantarse y entrar en la casa. Manaba sangre de su pelo y en la mejilla tenía un profundo corte desde la oreja a la

barbilla. Kino sólo estaba consciente a medias, y sacudía la cabeza de un lado a otro. Su camisa estaba desgarrada y sus pantalones casi arrancados de la cintura. Juana le obligó a sentarse en el jergón y le limpió la sangre con su falda. Le llevó un poco de pulque y después de haberlo bebido seguía él sacudiendo la cabeza

—¿Quién? —preguntó Juana.

—No lo sé —contestó Kino—. No pude verlo.

Juana le lavaba ahora con agua el corte de la cara —mientras él miraba fijamente ante sí.

—Kino, esposo mío —exclamó ella

—. Kino, ¿me oyes?

—Te oigo —contestó él, con torpe lengua.

—Kino, esta perla está maldita. Destruyámosla antes de que lo haga con nosotros. Aplastémosla entre dos piedras. Arrojémosla al mar, a donde pertenece ¡Esta maldita!

Mientras ella hablaba la luz del hogar relucía en los ojos de Kino con destellos amenazadores.

—No —contestó—. Lucharé contra todo esto y ganaré. Hemos de aprovechar nuestra única oportunidad. Golpeó el colchón con el puño. Nadie nos arrebatará nuestra fortuna.

Su mirada se suavizó y apoyó con dulzura una mano en el hombro de Juana

—Créeme —le dijo—. Soy un hombre. —Y su rostro adquirió inteligente expresión—. Por la mañana tomaremos la canoa y primero por mar y luego por tierra, llegaremos a la capital, tú y yo. No toleraremos que nos estafen.

»Soy un hombre.

—Kino —dijo ella, tímidamente—. Temo por ti. Pueden matarte. Devolvamos la perla al mar.

—Sí -rugió—. Soy un hombre. —Ella guardó silencio, porque la entonación de su voz era autoritaria—. Durmamos un poco —ordenó—. A

primera hora partiremos. ¿No tendrás miedo de acompañarme?

—No, esposo mío.

Él la miró con ojos cariñosos y le tocó una mejilla.

—Durmamos un poco —repitió.

V

Una luna tardía se elevó en el cielo antes del primer canto del gallo. Kino abrió los ojos en la oscuridad al sentir un movimiento junto a él, pero se mantuvo inmóvil. Sus ojos escudriñaron las tinieblas y a la pálida luz lunar que se filtraba por la pared de ramaje vio cómo Juana se levantaba despacio. La vio ir hacia el fogón y apartar las piedras sin ruido. Luego, como una sombra, se deslizó hacia la puerta. Se detuvo un momento junto a la cuna de Coyotito, se dibujó su figura en el

umbral, y desapareció.

A Kino le ahogaba el furor. Se levantó y la siguió tan silenciosamente como ella, oyendo sus rápidos pasos hacía la playa. La vio surgir más allá de la línea de matorrales y avanzar insegura hacia la orilla. En aquel momento ella se dio cuenta de que la seguía y empezó a correr. Su mano se alzaba para arrojar su presa cuando él le alcanzó la muñeca y le hizo soltar la perla. Le pegó en la cara con el puño cerrado haciéndola caer sobre las piedras y la golpeó con el pie en el costado. A la pálida luz vio como el agua la cubría parcialmente pegando la falda a sus piernas.

Kino la miraba enseñando los dientes y silbando como una serpiente, y Juana le devolvía la mirada sin denotar temor, como una oveja ante su matarife. Sabía que había muerte en él, y que todo estaba bien, ella lo había aceptado, y no se resistiría, ni siquiera protestaría. Entonces la rabia se desvaneció en él y se vio sustituida por una aguda sensación de malestar y de disgusto. Se apartó de ella y remontó la playa hacia el caserío. Sus sentidos estaban embotados.

Al oír el ruido imprevisto empuñó el cuchillo, lo esgrimió contra la negra figura apreciando el penetrar de la hoja

en la carne. Fue golpeado y cayo de rodillas, recibió otro golpe y su espalda tocó el suelo. Dedos ávidos registraron sus ropas nerviosamente, y la perla, escapándose de su mano entreabierta, rodó hasta detenerse junto a un guijarro del camino. La luz de la luna le arrancaba débiles destellos.

Juana se incorporó sobre la orilla del mar. Le dolían cabeza y costado, pero no sentía ira contra Kino. Había dicho: «Soy un hombre», y esto significaba algunas cosas para Juana. Significaba que era a medias loco y a medias dios, quería decir que Kino era capaz de medir sus fuerzas con una

montaña o contra el mar. Juana, desde el interior de su alma de mujer, sabía que la montaña resistiría impávida mientras el hombre acabaría quebrantado, que mar seguiría su incansable oscilar y el hombre podía perecer ahogado. Y sin embargo, todo esto es lo que hacía de él un hombre, medio loco y medio dios, Juana tenía necesidad de un hombre, no podía vivir sin un hombre. Aunque la aturdían tan profundas diferencias entre hombre y mujer, las conocía y las había aceptado. Claro que lo seguiría a cualquier parte, sobre esto no cabía duda. A veces las cualidades femeninas de ella, razón, cautela, instinto de

conservación, vencían la hombría de Kino y salvaban la situación. Se levantó con doloroso esfuerzo, hundió el hueco de sus palmas en las olas y se lavó el rostro con la picante agua salada. Después echó a andar detrás de Kino.

Una bandada de nubes multiformes habíase lanzado al cielo desde el sur. La pálida luna se ocultaba tras cada una de ellas para volver a surgir y Juana caminaba bajo una luz vacilante. Inclinaba la espalda dolorida y llevaba la cabeza caída sobre el pecho. Atravesó los chaparrales en medio de la oscuridad y al descubrirse otra vez la luna vio el centelleo de la perla junto a

una piedra del sendero. Se arrodilló y la recogió y la luna volvió a ocultarse. Juana siguió de rodillas pensando si convendría volver a la orilla y terminar su trabajo, y mientras meditaba esto volvió la luz y vio frente a ella dos figuras caídas. Saltó adelante y vio que uno era Kino y el otro un desconocido con la garganta seccionada y manando sangre a raudales.

Kino se debatía en el suelo, abiertos los brazos como las alas de un pájaro abatido y de su boca salía un incoherente murmullo. En aquel momento se dio cuenta Juana de que la vida que llevaba hasta entonces había

terminado. Un hombre muerto en el camino y el cuchillo ensangrentado de Kino bastaron para convencerla. Hasta entonces Juana había estado tratando de salvar algún fragmento de la antigua paz que reinaba antes del hallazgo de la perla. Pero no había retorno posible. Al darse cuenta abandono todos sus sueños espontáneamente; no quedaba más tarea que la de salvarse ellos mismos. Ya no sentía dolor alguno ni se movía con lentitud. Arrastró el cadáver desde el camino hasta la sombra de un chaparro, volvió junto a Kino y le enjugó el rostro con falda húmeda. Él empezó a recobrarse y gimió.

—Han cogido la perla; la he perdido. Ya se acabó todo —se lamentó — ahora que no tenemos la perla.

Juana le tranquilizó como si fuera un chiquillo.

—Calla —le dijo—. Aquí está tu perla; la encontré en el camino. ¿Me oyes? Aquí está tu perla. ¿Entiendes? Has matado a un hombre y debemos irnos antes de que amanezca.

—Me atacaron —explicó Kino con voz temblorosa— y luché por salvar mi vida.

—¿Recuerdas lo que pasó ayer? —preguntó Juana— ¿Recuerdas cómo son los hombres de la ciudad? ¿Crees que

esta explicación podrá salvarte?

Kino exhaló un largo suspiro y trató de vencer su modorra.

—No —contestó—. Tienes razón. —Su voluntad se tonificó y volvió a ser un hombre.

—Ve a casa y trae a Coyotito —ordenó— y todo el maíz que encuentres. Sacaré la canoa y nos iremos.

Recogió el cuchillo y se separó de ella. Dando traspiés llegó hasta su canoa, y cuando la luz lunar se hizo más fuerte vio un gran orificio practicado en el fondo de la embarcación. Una ira destructora lo invadió dándole fuerzas.

Las tinieblas se cernían sobre su

familia, la música maldita llenaba la noche, silbando sobre los mangles, acompasada por el batir de las olas. Aquella era la canoa de su abuelo, heredada por varias generaciones, y ahora estaba inutilizada. Era una maldad que superaba toda imaginación. El asesinato de un hombre no era tan grave pecado como el asesinato de su canoa, porque una canoa no tiene hijos, no puede protegerse, y sus heridas no cicatrizan.

Había pena en la rabia de Kino, pero esta última desgracia le había endurecido como para resistir cualquier golpe. Era ya como una bestia,

escondiéndose, atacando y viviendo tan sólo para proteger a su familia. No tenía conciencia clara del dolor que atenazaba su cabeza. Caminaba por la playa hacia su cabaña sin ocurrírsele tomar una de las canoas de sus vecinos. Ni una sola vez pasó esta idea por su cabeza, como no se le hubiera ocurrido destrozar una de ellas.

Los gallos alzaban sus voces y el alba no estaba lejana. Por las paredes de las chozas escapaba el humo de tempranos fuegos, y en el aire se notaba ya el aroma de las tortas. Ya se agitaban los pajarillos en los matorrales, la luna debilitaba su luminosidad y las nubes se

apelmazaban hacia el sur. El viento era fresco y penetraba en el estuario, un viento inquieto y nervioso que olía a tormenta.

Kino estaba recobrando algo de su animación. Y no eran confusas sus ideas; sólo quedaba una cosa por hacer, y sus manos acariciaban primero la perla luego el cuchillo. Vio un resplandor frente a él, al instante una elevada llama saltó en el aire oscuro con salvaje estrépito. Kino inició una carrera, sabía que era su cabaña y conocía la rapidez con que ardían aquellas casuchas de ramas. Al correr tropezó con una figura que se dirigía a él: Juana con Coyotito

en los brazos y la manta de una mano. El pequeño lloraba de miedo y los ojos de Juana estaban muy abiertos. Kino podía ver que su casa había dejado de existir y no hizo pregunta alguna. Pero ella explicó:

—Estaba todo desordenado; había agujeros por todo el suelo, y mientras yo lo miraba le prendieron fuego desde fuera.

La vivida luz del incendio acentuaba la rigidez de las facciones de Kino.

—¿Quién? —preguntó.

—No lo sé —repuso ella—. Hombres del infierno.

Los vecinos salían de sus casas

procurando salvar sus propiedades del fuego. De súbito Kino sintió miedo. Recordó el hombre muerto en el sendero y tomando a Juana por el brazo la llevó a la oscuridad, pues sabía que la luz era peligrosa para él. Meditó un momento entre las sombras y luego se dirigió a la casa de su hermano Juan Tomás, en la que entró seguido de Juana.

Fuera, oía los chillidos de los niños y los gritos de los mayores, pues sus vecinos suponían que él estaba dentro de la casa en llamas.

La cabaña de Juan Tomás era casi igual a la de Kino; casi todas eran idénticas, dejando entrar por los cuatro

costados aire y luz; así Juana y Kino, acurrucados en un rincón, veían la terrible pira. Vieron hundirse el techo en llamas y pronto convertirse la hoguera en un fúnebre rescoldo abrasado. Oyeron las exclamaciones de sus amigos y el llanto agudo de Apolonia, la esposa de Juan Tomás, que siendo la pariente más cercana, dirigía los lamentos por la extinción de la familia.

De pronto se dio cuenta de que su pañuelo de cabeza no era el mejor de los que tenía y corrió a su casa en busca de otro más apropiado. Mientras rebuscaba en un arcón, oyó la voz de Kino que decía:

—Apolonia, no llores. No nos ha pasado nada.

—¿Cómo habéis venido? —preguntó ella.

—No hagas preguntas. Ve a buscar a Juan Tomás y dile que venga sin que se entere nadie más. Esto es muy importante, Apolonia.

La mujerona vaciló un instante, perpleja, y al cabo dijo:

—Sí, cuñado.

No tardó en regresar con Juan Tomás. Este encendió una vela, se acercó a ellos y ordenó a su mujer:

—Apolonia, ponte en la puerta y no dejes entrar a nadie. —Como era el

mayor, asumía toda la autoridad—. Y bien, hermano… —empezó.

—Fui atacado en la oscuridad —explicó— y en la lucha he matado a un hombre.

—¿Quién? —preguntó Juan Tomás rápidamente.

—No lo sé; todo estaba tan oscuro como boca de lobo.

—Es la perla —concluyó Juan Tomás—. Hay una maldición en esa perla.

Debieras haberla vendido, librándote así de la maldición. Puede que aún estés a tiempo de venderla y comprar la paz para ti los tuyos.

Kino contestó:

—Oh, hermano mío, se me ha hecho una ofensa imperdonable. Mi canoa está rota en la playa; mi casa ha ardido y en los chaparros hay un hombre muerto. Todas las salidas están cortadas; tienes que ocultarnos, hermano. -dijo Kino, mirando de cerca a su hermano, vio honda preocupación en sus ojos, y se adelantó a una posible negativa.

—No por mucho tiempo —aclaró con presteza—. Sólo hasta que llegue la noche; entonces nos iremos.

—Te ocultaré —decidió Juan Tomás.

—No quiero traerte ningún peligro

—aseguró Kino—. Bien sé que soy como un leproso. Me iré esta noche y así estarás a salvo.

—He dicho que te protegeré —dijo Juan Tomás y llamó—: Apolonia, cierra la puerta y no digas a nadie que Kino está aquí.

Permanecieron callados todo el día en la casa oyendo a los vecinos hablar de ellos. Por las rendijas de la pared los veían removiendo las cenizas en busca de huesos.

Ocultos en la casa de Juan Tomás oyeron las exclamaciones de todos al descubrir la canoa destrozada. Juan Tomás salió a desvirtuar sus sospechas y

les propuso teorías sobre lo que podía haber sucedido a Kino, a Juana y al pequeño. A unos les decía:

—Supongo que se habrán ido hacia el sur para escapar al mal que iba tras ellos. —Y a otros—: Kino no podría abandonar el mar. Tal vez haya conseguido otra canoa. —Y terminaba —: Apolonia está enferma de pena.

Aquel día el viento saltó sobre el Golfo, arrojando sus olas una y otra vez sobre la playa, aullando entre las cabañas y poniendo en peligro a las atrevidas embarcaciones que se habían hecho a la mar. Juan Tomás hubo de decir:

—Si Kino se ha ido por el agua, a estas horas ya se habrá ahogado. —Pero sus salidas no servían sólo para mantener conversación con los vecinos, sino para obtener algo de ellos: una saquito de paja con judías secas y una calabaza llena de arroz. Pidió prestado una taza de pimientos secos y un bloque de sal, y con todo ello un largo cuchillo de dieciocho pulgadas, pesado como un hacha, herramienta y arma a la vez. Cuando Kino lo vio, sus ojos se iluminaron y acarició la hoja probando el filo con la yema del pulgar.

El viento rugía sobre el Golfo, pintando de blanco la superficie del

agua, los mangles erizaban su follaje como gatos asustados, y un polvo arenoso se levantaba del suelo para ir a formar nubes sobre el mar.

Al acercarse la noche, Juan Tomás tuvo una larga conversación con su hermano.

—¿Adónde irás?

—Al Norte —contestó Kino—. He oído decir que hacia el Norte hay ciudades.

—Evita la costa —le advirtió Juan Tomás—. Van organizar una patrulla para registrar las playas, los de la ciudad te deben andar buscando. ¿Tienes aún la perla?

—La tengo —reveló Kino— y la conservaré. Podría regalarla, pero ahora se ha convertido en mi vida y mi desventura y tengo que guardarla conmigo. —Sus ojos estaban llenos de cruel amargura.

Coyotito empezó a emitir gorjeos y Juana le susurró al oído palabras mágicas para que callase.

—El viento te ayuda —dijo Juan Tomás—. Borrará todas las huellas.

Partieron en silencio antes de que surgiese la luna. Juana llevaba a Coyotito colgado de la espalda en un pliegue de chal, y el niño dormía apoyado en uno de sus hombros.

Juan Tomás abrazó a su hermano dos veces lo besó en ambas mejillas.

—Ve con Dios —le dijo con voz triste—. ¿No quieres librarte de la perla?

—Esta perla es ya mi alma —protestó Kino— Si me desprendo de ella perderé mi alma. Ve también con Dios.

VI

El viento soplaba con furia, arrojándoles al rostro ramitas, arena y grava. Juana y Kino se envolvieron mejor en sus ropas y echaron a andar mundo adelante. El cielo había quedado limpio y terso y la luz de las estrellas era fría y lechosa. Los dos andaban con grandes precauciones, evitando el centro de la ciudad, donde algún vagabundo dormido en un portal podía verlos pasar. La ciudad se encerraba en sí misma durante la noche y todo el que se moviera en la oscuridad era descubierto

al instante. Kino rodeó la periferia de la ciudad y torció hacia el Norte, guiado por las estrellas, y encontró el camino arenoso que atravesando campos yermos llevaba hasta Loreto, donde la milagrosa Virgen María tenía su sede.

Kino sentía en las piernas el golpe de la arena volandera y se alegraba por la seguridad de que no dejarían huellas. La luz de las estrellas le ayudaba a no perder el camino, y oía tras él los pasos apresurados de Juana.

Algo ancestral revivía en su pulso. Por debajo del miedo a los espíritus malignos de la noche sentía hervir un extraño sentimiento de alegría; algo

animal salía a la vida en su interior haciéndole cauteloso, furtivo y amenazador; revivía en él una antigua característica de su pueblo. El viento soplaba a sus espaldas y la familia proseguía su marcha lenta, hora tras hora, sin tropezarse con nadie ni aun de lejos. Por fin, a su derecha se elevó la luna y con ella cesó el viento, quedando inmóvil y desamparado el páramo.

Ahora veían claramente el camino, herido profundamente por huellas de carros. Sin la ayuda del viento sus pisadas se harían visibles, pero ya se hallaban a considerable distancia de la ciudad y tal vez pasaran inadvertidas.

Kino andaba sobre una de las huellas de ruedas, y Juana lo imitaba. Cuando, por la mañana, un carro se dirigiese a la ciudad borraría toda señal de su paso.

Anduvieron toda la noche sin disminuir la marcha. Coyotito se despertó una vez y Juana hubo de pasarlo a sus brazos y acunarlo hasta que volvió a dormirse. Los genios malos de la noche danzaban en torno suyo. Los coyotes aullaban y reían en las espesuras y los mochuelos silbaban y gritaban desde los árboles. En una ocasión pasó a lo lejos una bestia grande pisoteando la maleza. Kino empuñó el gran cuchillo y al hacerlo le

pareció sentirse a salvo de todo.

La música de la perla triunfaba en su mente, bajo ella la tranquila melodía de la familia, ambas a compás con sus pasos sobre el polvo. Al llegar la aurora, Kino miró a un lado y otro en busca de refugio para el día. Lo halló en una plazoleta natural que debió haber sido refugio de ciervos, completamente escondida tras una espesa arboleda.

Cuando Juana se sentó y se dispuso a amamantar a su hijo, Kino volvió al sendero. Desgajó una rama y con ella barrió las huellas de sus sandalias, en el punto en que habían abandonado el camino. A los primeros rayos del sol

oyó aproximarse un carro, se escondió en la cuneta y lo vio pasar, arrastrado por cansinos bueyes. Cuando se hubo perdido de vista volvió a salir y se cercioró de que sus huellas habían quedado aplastadas. Borró las que acababa de hacer y regresó junto a Juana.

Esta le entregó las tortas que Apolonia les había preparado y poco después se quedó dormida. Kino se sentó en el suelo y se puso a mirar los ordenados viajes de las hormigas. Marchaban en columna y con el pie les interrumpió el paso; entonces ellas treparon sobre el pie y prosiguieron su

camino.

El sol se levanta abrasador. Echábase de menos la proximidad del Golfo porque el aire era tan seco que los matorrales crujían por efecto del calor y desprendían un fuerte olor resinoso. Cuando Juana despertó, el día estaba muy avanzado.

—Hay que tener mucho cuidado con aquel árbol que ves allí —le explicó su marido—. No se puede tocar porque si luego te llevas la mano a los ojos quedas ciego. También hay que precaverse del árbol que sangra. Es aquél de más allá. Si lo cortas se pone a sangrar y trae mala suerte.

Ella asentía a todo sonriendo, pues ya lo sabia de tiempo atrás.

—¿Nos seguirán? —fue lo que preguntó—. ¿Crees que procurarán dar con nosotros?

—Lo intentarán —contestó Kino—. El que nos encuentre tendrá la perla. Ya lo creo que lo intentarán.

Juana aventuró:

—Podría ser que los traficantes tuvieran razón y la perla no valga nada.

Quién sabe si todo no ha sido más que una ilusión.

Kino rebuscó entre sus ropas y extrajo la perla. Dejó que el sol jugueteara con ella hasta que le dolieron

los ojos de mirarla.

—No —rechazó—, no habrían tratado de robarla si no tuviera valor.

—¿Sabes quién te atacó? ¿Los traficantes?

—No lo sé; no pude verlos.

Clavó la mirada en la perla para recordar sus primeras visiones.

—Cuando por fin la venda, tendré un rifle —dijo en voz alta, y miró la reluciente esferilla en busca de su rifle, pero no vio más que un cuerpo tendido en el suelo y manando sangre de una herida en la garganta.

Entonces dijo rápidamente: —Nos casaremos en la iglesia —y en la perla

vio a Juana con la huella de su mano en el rostro arrastrándose por la playa—. Nuestro hijo aprenderá a leer —exclamó con frenesí, y en la perla surgió el rostro infantil hinchado y febril por efecto de la extraña medicina.

Kino volvió a guardar la perla, porque su música se había hecho siniestra y tenía extraño parentesco con la música del mal.

Los rayos del sol les obligaron a buscar la sombra de los árboles, ahuyentando a unos pajarillos grises. Kino se cubrió la cabeza con la manta y se quedó dormido.

Juana no podía imitarle. Estaba

sentada con la inmovilidad de una roca; tenía la boca hinchada por efecto del puñetazo de Kino, y las moscas revoloteaban sobre ella. Parecía un centinela, y cuando Coyotito se despertó lo sentó en el suelo frente a ella y estuvo mirando cómo agitaba brazos y piernas, sonriendo y haciéndola sonreír. Con una ramita que cogió del suelo le hizo cosquillas, y luego le dio a beber agua del odre que llevaban.

Kino se agitó en sueños, gritando con voz gutural, mientras su mano se movía en un simulacro de lucha. De pronto lanzó un gemido y se incorporó con los ojos muy abiertos. Trató de

escuchar algo pero sólo oyó el crepitar de los vegetales y el viento silbando en la lejanía.

—¿Qué pasa? —interrogó Juana.

—Cállate —ordenó él.

—Soñabas.

—Puede ser. —Pero estaba inquieto, y dejó de masticar la torta que ella le había dado, para escuchar otra vez. Estaba nervioso, intranquilo, no dejaba de mirar por encima de su hombro; desenvainaba el gran cuchillo y probaba su filo. Cuando Coyotito balbució algo, Kino ordenó—: Hazlo callar.

—Pero ¿qué ocurre? —insistió Juana.

—No lo sé.

Volvió a escuchar, con los ojos luminosos cual los de un animal en acecho.

Se puso en pie silenciosamente y, doblado por la cintura, echó a andar por entre los matorrales hacia el camino. No puso los pies en éste; se tumbó a la sombra de una encina y oteó el camino hacia la dirección por donde había venido.

Entonces los vio avanzar. Se le puso rígido todo el cuerpo y la cabeza se ocultó instintivamente tras unas ramas caídas. A lo lejos veía tres figuras, dos a pie y otra a caballo. Sabía quiénes eran,

y el terror se adueñó de su espíritu. Desde tan lejos veía moverse lentamente a los de a pie, encorvados sobre el suelo. De vez en cuando uno se detenía y llamaba al otro. Eran los ojeadores, los tramperos, capaces de seguir la pista de una cabra montés en las rocosas montañas. Eran sagaces como perros. Sin duda, él o Juana se habían salido un momento de la huella del carro y aquellos cazadores acababan de descubrirlo. Tras ellos, a caballo, iba un hombre envuelto en una manta; sobre la silla un rifle brillaba al sol.

Kino estaba tan quieto como las ramas del árbol. Apenas respiraba, y sus

ojos se dirigían al lugar donde había barrido el rastro. Hasta las huellas barridas podían tener significado para aquellos ojeadores. Los conocía bien; en un país donde había poquísima caza se las arreglaban para vivir cazando, y ahora la presa era él. Leían en el suelo como en un libro y el jinete esperaba pacientemente.

Los ojeadores lanzaron algunas exclamaciones como perros de caza excitados por el olor de liebre. Kino empuñó el cuchillo y se preparó para la acción. Sabía lo que tenía que hacer. Si los tramperos descubrían las huellas borradas tendría que saltar hacia el

jinete, matarlo en un instante y apoderarse del rifle. Era la única oportunidad para él. Y a medida que los tres se acercaban por el sendero, Kino cavó unos pequeños pozos con las puntas de sus sandalias para poder saltar sin peligro de que los pies le resbalaran. Su campo visual, por debajo de la rama caída, era muy escaso.

Juana, desde su escondite, oyó el rumor de los cascos del caballo, y como Coyotito empezara a parlotear, lo tomó en brazos con presteza, lo escondió bajo su chal y le dio el pecho, con lo que se calló. Cuando los tramperos estuvieron cerca, Kino sólo veía sus piernas y las

patas del caballo. Veía los pies oscuros y descalzos de los hombres y sus destrozados pantalones blancos, y oía el crujir del cuero de la silla y el tintineo de las espuelas. Los ojeadores se detuvieron en el lugar barrido y lo estudiaron, mientras el jinete se detenía.

El caballo sacudía la cabeza y mordía el bocado, que sonaba contra sus dientes. Luego dio un relincho. Al momento se volvieron los cazadores a mirarlo y observar la posición de sus orejas.

Kino no respiraba y su espalda estaba arqueada bajo una terrible tensión muscular; el sudor bañaba su

labio superior. Durante interminables minutos estuvieron agachados los tramperos, y luego prosiguieron la marcha mirando al suelo, seguidos por el hombre a caballo. Kino sabía que no tardarían en volver. Describirían círculos, se detendrían, buscarían sin parar y al cabo de cierto tiempo estarían allí de nuevo.

Retrocedió con sigilo, pero no se tomó la molestia de borrar sus huellas. No podría; había demasiadas ramitas rotas, hierbas aplastadas, piedras cambiadas de lugar. Kino estaba dominado por el pánico, el pánico de la huida. Sabía que los ojeadores darían

con él y no había más escapatoria que la huida. Corrió hasta el escondrijo de Juana, que lo miró interrogante.

—Tramperos —explicó—. ¡Vamos!

Una honda desesperación se adueñaba de él. Se le ensombreció el rostro y los ojos se le enturbiaron de tristeza.

—Tal vez fuera mejor entregarse.

Al momento se había puesto Juana de pie y había cogido su brazo.

—Tienes la perla —le recordó con voz aguda—. ¿Crees que te permitirían volver vivo para que fueras diciendo que te la habían robado?

Su mano fue temblorosa hacia el

lugar en que la guardaba.

—Acabarán por encontrarnos —aseguró.

—Vamos —ordenó ella—. ¡Vamos! —Y como él no respondiese, siguió—: ¿Crees que a mí me iban a perdonar la vida? ¿Crees que se la iban a perdonar a nuestro hijo?

Al fin penetraron sus argumentos en su cerebro aturdido; sus labios dieron paso a un rugido de rabia y sus ojos recobraron su primitiva fiereza.

—Vamos —repitió—. Iremos a las montañas. Puede que en las montañas les hagamos perder la pista.

Recogió presuroso los odres y

paquetes que constituían todos sus bienes.

En la mano izquierda llevaba un paquete, pero su derecha no empuñaba más que el largo cuchillo, con el que iba cortando los arbustos para abrir paso a Juana. Se dirigían apresurados al oeste, en busca de las altas montañas pétreas. Kino no intentaba disimular los vestigios de su paso, y al avanzar removía piedras, levantaba polvo, derribaba plantas y arrancaba hojas y brotes. El sol caía de plano sobre la campiña, y toda la vegetación protestaba con crujidos. Pero allí delante estaban las desnudas montañas de granito,

erosionadas, monolíticas en el cielo azul. Kino casi corría hacia aquellas tierras altas, como hacen los animales al saberse perseguidos.

Era una tierra sin agua, cubierta de cactus y de maleza, fuertemente arraigados en un terreno de grandes piedras pulverizadas. Entre ellas crecía un poco de hierbecilla gris y seca, siempre sedienta y siempre moribunda.

Las lagartijas miraban pasar a la fugitiva familia y movían la cabeza. De vez en cuando una liebre, asustada, corría a esconderse detrás de la roca más próxima. El desértico paisaje se empapaba de sol, mientras las cercanas

montañas parecían frescas y acogedoras.

Kino casi volaba, porque sabía lo que iba a ocurrir. En cuanto los ojeadores llevasen un rato siguiendo el camino se darían cuenta de que habían perdido la pista, y volverían sobre sus pasos, ojo avizor, hasta encontrar el lugar en que Kino y Juana habían descansado. Desde allí ya no tendrían dificultad en seguirlos: tantas piedras, hojas caídas y tallos cortados serían para ellos claro mensaje. Kino se los imaginaba siguiendo las huellas, haciendo excitados comentarios, y tras ellos, hosco y aparentemente desinteresado, el jinete con su rifle. Su

trabajo vendría después, al encargarse de que no pudieran regresar. La música del mal palpitaba ahora dentro del cráneo de Kino, confundiéndose con el zumbido del calor en sus sienes y los silbidos de las culebras. El palpitar acelerado de su corazón daba ritmo a la melodía secreta y venenosa.

El camino empezaba a ascender, y al hacerlo las rocas eran cada vez mayores. Kino había logrado ya buena ventaja sobre sus perseguidores, y se tomó un descanso. Trepó sobre un repecho y oteó el soleado panorama, sin ver a sus enemigos, ni siquiera la figura más alta del jinete. Juana se dejó caer a

la sombra del parapeto. Llevó la botella de agua a los labios de Coyotito y su seca lengüecita sorbió con avidez. Ella miró hacia Kino cuando lo vio volver a su lado y, al darse cuenta que le miraba las piernas, heridas por múltiples cortes de los espinos y aristas de las rocas, las ocultó rápidamente bajo la falda.

Pasó la botella a su marido, pero él negó con la cabeza y se humedeció los labios con la lengua.

—Juana —habló—. Yo me iré y tú te esconderás. Los obligaré a seguirme por las montañas, y cuando hayan pasado te vas al norte, a Loreto o a Santa Rosalía. Luego, si puedo escapar a su acoso,

volveré a tu lado. Es el único recurso que nos queda.

Ella le miró fijamente a sus ojos.

—No —decidió—. Vamos contigo.

—Corro más yendo solo —protestó él con voz áspera—. Expones al pequeño viniendo conmigo.

—No —se limitó a decir Juana.

—Tiene que ser así. Es mi voluntad y lo único prudente.

—No —repitió Juana.

Él trató de hallar debilidad, miedo o vacilación en su rostro, pero no era así.

Sus pupilas brillaban. Entonces se encogió de hombros, desesperanzado, pero a la vez animado por la actitud de

ella. Cuando reemprendieron la marcha ya no era una fuga regida por el pánico.

El terreno, a medida que se alzaba hacia las cumbres, cambiaba rápidamente. Las rocas graníticas eran muy grandes, agrietadas por la intemperie, y Kino aprovechaba sus duras superficies para caminar sin dejar huellas, siempre que le era posible. Sabía que cada vez que sus perseguidores perdían la pista tenían que entretenerse largo rato describiendo continuos zigzags, por lo que volvía a veces hacia el sur, dejando una huella bien visible y regresaba de nuevo en la dirección deseada sobre rocas

encubridoras. La cuesta era ya muy acentuada y les hacía jadear.

El sol se zambullía por el firmamento hacia la línea dentada de las montañas, y Kino se encaminaba a un desfiladero sombrío que veía a lo lejos. Si en alguna parte del país había agua, sería sin duda allá donde se veía algo de vegetación. Además, aquel desfiladero será probablemente uno de los pocos pasos al otro lado de la sierra. Tenía su peligro, porque los tramperos se les ocurriría lo mismo, pero la botella de agua vacía no dejaba lugar a esta consideración. Y así, mientras el sol resbalaba por la izquierda del cielo,

Kino y Juana subían pesadamente por la empinada ladera.

Muy arriba en el muro rocoso, bajo un agreste pico, brotaba un manantial alimentado por el de hielo. A veces estaba seco y crecía el musgo en el lecho de su cauce, pero casi siempre llevaba caudal, fresco y limpio. Cuando llovía formaba una alegre columna de agua espumeante que caía por el corte del desfiladero. Saltaba de escalón en escalón de piedra, formando sucesivos remansos que se iban llenando hasta rebosar por las márgenes y seguir cayendo hasta el llano, donde la tierra sedienta la hacía desaparecer, con la

ayuda del aire cálido y las miríadas de raíces ávidas. Acudían animales desde muchas millas para abrevar en sus remansos, cabras monteses, ciervos, pumas y ratones campestres. Por la noche acudían los pájaros que de día revoloteaban sobre los matorrales de la llanura y junto al salvaje torrente, en todos los lugares en que se reunía suficiente tierra para sostener una raíz, crecían colonias vegetales, vides silvestres y palmeras del desierto, lotos, hiedra, altos tallos herbáceos y grisáceos cardos entre una masa de ortigas. En los remansos vivían ranas, salamandras y lombrices de agua que se

arrastraban por el fondo limoso. Todo lo que necesitaba del agua acudía a vivir en aquellos oasis húmedos. Los gatos monteses iban allí a cazar y lavar sus dentaduras ensangrentadas por las heridas de sus víctimas. El agua hacía que aquellos rincones fuesen parajes de vida y a la vez de muerte.

El escalón más bajo, donde se recogía el agua antes de dar un salto de cien pies y desaparecer en el árido desierto, era una plataforma de piedra y arena. En la taza natural de la roca entraba sólo un hilo de agua, que bastaba a mantenerla llena y dar vida a las plantas de sus orillas. La arena de la

diminuta plaza estaba removida por las pezuñas y las garras de los animales que acudían a beber y a cazar.

El sol había salvado la línea de las montañas cuando Kino y Juana llegaron por fin a aquel lugar. Desde allí dominaban el soleado desierto y la mancha azul del Golfo en la lejanía. Estaban exhaustos, y Juana se dejó caer de rodillas y lavó la cara de Coyotito antes de darle de beber. El pequeño empezó a protestar y lanzar gemidos, y entonces Juana le dio el pecho.

Kino se tendió de bruces y bebió largo rato en el remanso. Luego extendió sus músculos cansados un momento y

después de mirar a Juana y a su hijo, se levantó y fue hasta el borde del escalón de piedra, a otear la distancia. Sus ojos se fijaron en un punto y todo él se puso rígido. Muy abajo, al comienzo de la ladera, vio a los tramperos; parecían dos diminutos pulgones seguidos por una hormiga

Juana se había vuelto a mirarlo y se dio cuenta de la rigidez de su espalda.

—¿Lejos? —preguntó con voz reposada.

—Estarán aquí al caer la noche —contestó Kino, y alzó la mirada hacia lo alto de la cortadura de la sierra por la que descendía el torrente—. Hemos de

ir al oeste declaró, y sus ojos escudriñaron la pared de piedra que se abría al desfiladero. A una altura de unos cien pies descubrió unas cuantas cavernas naturales. Quitándose las sandalias trepó hasta ellas, apoyándose en las irregularidades de la piedra con los pies desnudos. Las cuevas no tenían más que unos pies de profundidad, pero su suelo estaba inclinado hacia el interior. Kino, llegó hasta la mayor y se metió dentro, comprobando la imposibilidad de ser vistos desde fuera. Se apresuró volver junto a Juana.

—Hay que subir hasta allí. Es posible que no nos encuentren.

Sin oponer objeción alguna, ella llenó la botella de agua hasta arriba, y Kino la ayudó a encaramarse hasta la caverna, entregándole luego todos los paquetes. Juana se sentó a la entrada del agujero y observó lo que él hacía; no trataba de borrar las huellas de su paso junto al torrente. En lugar de ello subió, en dirección contraria al chorro de agua, arrancando a propósito maleza y arbustos, y luego volvió a descender. Estudió detenidamente el lienzo de roca que conducía a la cueva para cerciorarse de que no había huellas y por fin regresó al lado de Juana.

—Cuando suban —explicó—

nosotros bajaremos otra vez al llano. Lo único que me da miedo es que el niño se ponga a llorar. Debes tener cuidado de que no lo haga.

—No llorará —aseguró ella, llevando hasta la suya la cara de la criatura y mirándolo a los ojos, que le devolvieron la mirada con aire solemne.

—Se da cuenta de todo —exclamó Juana.

Kino se había echado a la entrada de la cueva, apoyando la barbilla en los brazos cruzados y sin dejar de mirar el avance de la sombra azul de la montaña sobre la extensa llanura hasta las riberas del Golfo.

Los ojeadores tardaban en aparecer, como si tuvieran dificultades con el rastro que Kino había dejado. Era de noche cuando llegaron al arroyo. Los tres iban a pie, pues un caballo no podía trepar montaña arriba. Vistas desde lo alto eran tres figurillas exiguas que la noche se iba tragando poco a poco. El hombre del rifle se sentó a descansar y ojeadores se echaron junto a él. En la oscuridad brillaban sus tres cigarrillos y Kino veía que comían y oía el murmullo de su conversación.

Por fin llegaron las tinieblas, negras y espesa en el corazón del desfiladero.

Los animales que frecuentaban los

remansos empezaron a acercarse, pero al oler la presencia de hombres se retiraron de nuevo a la oscuridad.

Oyó un murmullo tras de sí. Juana susurraba —Coyotito —procurando que estuviese quieto y callado. El niño protestaba y su voz apagada indicaba que Juana le había cubierto la cabeza con el chal.

Al pie de la montaña brilló una cerilla y a luz pudo ver que dos de los hombres dormían y tercero montaba la guardia con el rifle sobre las rodillas.

Luego la luz se extinguió, pero dejó en la retina de Kino un cuadro imborrable. Veía a los dos hombres

acurrucados como perros y el cabrillear de la llama en el cañón del rifle.

Kino se retiró en silencio al fondo de la cueva. Los ojos de Juana parecían chispas reflejando luz de una estrella. Kino se acercó a ella y pegó sus labios a su mejilla.

—Hay un medio de acabar con esto —le dijo.

—Pero te matarán.

—Si llego primero hasta el hombre del rifle, todo estará resuelto. Dos de ellos duermen.

La mano de ella salió de debajo del chal y cogió a su brazo.

—Verán tu traje blanco a la luz de

las estrellas.

—No —arguyó él—. Además, lo haré antes de que salga la luna. —Buscó en su cerebro alguna palabra de ternura, pero no dio con ninguna—. Si me matan —se limitó a decir —quédate quieta, y cuando se hayan ido, vete a Loreto.

La mano de ella tembló ligeramente.

—No hay otro camino —insistió él —. Si no lo hago así, por la mañana nos descubrirán.

—Ve con Dios —dijo Juana, con voz temblorosa.

Él la miró de muy cerca y vio sus grandes ojos abiertos. Alargó la mano y la apoyó unos momentos sobre la cabeza

de Coyotito. Luego rozó con suavidad la mejilla de Juana, que contuvo el aliento.

Dibujada sobre el cielo en la entrada de la cueva vio Juana la silueta de Kino despojándose de sus ropas, que a pesar de lo sucias que estaban se verían demasiado blancas en la oscuridad de la noche. Su piel curtida y morena le protegería mejor. Luego vio cómo ataba el mango del cuchillo al collar que pendía sobre su pecho, dejando así sus dos manos libres. No volvió junto a ella; por un momento fue su cuerpo una mancha oscura en la entrada de la cueva, y luego desapareció.

Juana se adelantó hasta la abertura y

miró hacia fuera. Miraba como un mochuelo desde su agujero en la montaña, y a su espalda dormía el niño sobre la manta. Juana murmuraba su extraña mezcla de oración y conjuro, sus Avemarías y sus imprecaciones contra aquellos lúgubres seres inhumanos.

La noche le parecía menos oscura al mirar desde allí, y al este del horizonte veía una cierta luminosidad reveladora de la próxima aparición de la luna Y, al mirar hacia abajo, vio la luz del cigarrillo de hombre que seguía en vela.

Kino bordeó la cornisa de piedra como lo haría una lenta oruga. Había dado la vuelta a su collar para que el

cuchillo pendiera a su espalda y no pudiera tintinear contra la pared de piedra. Sus dedo extendidos tanteaban las montañas, sus pies hallaban apoyo en los salientes de la roca y su pecho resbalaba sobre el muro en lento avance.

Cualquier ruido, un guijarro que rodase, un suspiro, una involuntaria palmada sobre la roca, despertaría a los tramperos dormidos. Todo lo que fuera insólito en la noche los pondría sobre aviso. Pero la noche no era silenciosa: las ranas arbóreas que vivían cerca del arroyo charlaban como pájaros, el desfiladero se llenaba con el chirriar incesante las cigarras. En la cabeza de

Kino había otra música, la del enemigo, palpitante, al acecho, y sobre ella la Canción Familiar se había hecho intensa aguda como el maullido de un puma hembra. La canción de la familia vivía con intensidad y lo impulsaba hacia el enemigo. Las cigarras parecían haberse apropiado la melodía y las ruidosas ranas repetían de vez en cuando fragmentos de su música.

Kino resbalaba por la ladera silencioso como una sombra. Un pie desnudo avanzaba unas pulgadas hasta que los dedos se afianzaban en el escalón de piedra, luego descendía el otro pie, y la palma de una mano le

seguía. Después la otra y al final el cuerpo entero, sin que pareciera haberse movido, estaba más abajo. Kino llevaba la boca abierta para que su respiración no fuera ruidosa, porque sabía que no era invisible. Si el centinela, al oír algo, levantaba la vista hacia la pared desnuda, lo vería. Por ello tenía que moverse muy lentamente. Tardó muchísimo en llegar al pie de la pared granítica y entonces se escondió tras de una palmera enana. El palpitar de su corazón era como un trueno en el pecho y el sudor bañaba su cara y sus manos. Se tendió cuan largo era y respiró hondo para aquietar sus nervios.

Sólo le separaban veinte pies de sus enemigos y trataba de recordar la topografía de aquel espacio. ¿Había alguna piedra que pudiera detenerlo en mitad de su carrera? Se frotó las piernas para evitar calambres y se dio cuenta de que sus músculos estaban deshechos por efecto de la prolongada tensión. Entonces miró temeroso hacia Oriente. La luna saldría dentro de pocos minutos y él tenía que atacar antes de que saliese. Veía la silueta del centinela, pero los que dormían quedaban fuera de su área visual. Era el despierto el que tenía que caer bajo su ataque, rápida y decididamente.

Silenciosamente desprendió del collar el gran cuchillo, pero era demasiado tarde.

Al levantarse de su escondite asomó al borde del horizonte el disco lunar, y Kino volvió a dejarse caer.

Era una luna reducida y opaca, pero llenaba de luces y sombras todo el desfiladero.

Kino veía ahora con toda claridad la figura del hombre acurrucado junto al arroyo. Estaba mirando a la luna; encendió un cigarrillo y la cerilla iluminó su rostro un instante. No podía haber espera; cuando volviese la cabeza, Kino saltaría. Sus piernas

estaban contraídas como muelles de acero.

Y entonces llegó desde arriba un lamento ahogado. El vigilante volvió la cabeza para escuchar y luego se puso en pie, y uno de los durmientes se agitó, incorporóse y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —confesó el otro—. Parecía llanto, como el de un niño.

El que acababa de despertarse contestó:

—No puede asegurarse. He oído a coyotes llorar como criaturas.

El sudor caía en forma de gruesas gotas por la frente de Kino hasta sus

ojos, que le escocían. El débil lamento se repitió y el centinela miró hacia la cueva, en la pared del norte.

—Es posible que sea un coyote —dijo, y Kino oyó el ligero ruido del cerrojo del rifle.

—Si es un coyote con esto se callará —observó el desconocido, levantando el rifle.

Kino había saltado ya cuando sonó el disparo y el fogonazo se reflejó en sus negras pupilas. El gran cuchillo describió un círculo en el aire en busca de su presa y se hundió con sordo ruido entre cuello y pecho. Kino era una terrible máquina. Se apoderó del rifle en

el momento en que soltaba el cuchillo, lo alzó en el aire y lo descargó con fuerza sobre la cabeza del hombre sentado, rompiéndola como si fuera un melón. El tercero huyó de espaldas, como un cangrejo, se cayó dentro del remanso y trató de encaramarse a la orilla opuesta con movimientos frenéticos. Sus manos hacían gestos desesperados por alcanzar los sarmientos de vid silvestre y sus labios emitían gritos ahogados de terror. Pero Kino tenía ahora la dureza y frialdad del acero. Se echó el rifle a la cara con deliberación, apuntó e hizo fuego. Vio a su enemigo caer de espaldas en el agua y

se acercó a él en dos zancadas. A la luz de la luna, vio sus ojos aterrorizados con algo de vida, y volvió a disparar entre ellos.

Luego Kino se detuvo, incierto. Algo no había salido bien, una idea desconocida e inquietante trataba de abrirse paso hacia su conciencia.

Ranas y cigarras habían callado. El cerebro de Kino se despejó un poco y se dio cuenta del sonido: el agudo, lloroso, histérico grito de dolor ante la muerte.

En La Paz todo el mundo recuerda el regreso de la familia; puede que sólo

unos viejos lo vieran, pero también lo recuerdan aquellos que lo oyeron de labios de sus padres y abuelos. Es un suceso que parece haber ocurrido, a todos y cada uno.

Estaba ya muy avanzada la tarde áurea cuando los primeros chiquillos llegaron corriendo a la ciudad con la nueva de que Kino y Juana regresaban. Todos salieron a recibirlos. El sol se encaminaba hacia las montañas del Poniente y las sombras eran desmesuradamente largas sobre el polvo. Tal vez fuera éste el detalle que más impresión les produjera.

Entraban los dos en la ciudad por el

camino del interior, y no iba Juana detrás de Kino como siempre, sino a su lado. Tenían el sol a la espalda y parecían empujar ante sí largas tiras de sombra. Kino llevaba un rifle al brazo y Juana un chal formando una pelota a la espalda. El chal estaba manchado de sangre seca y oscilaba con el paso de ella, cuyo rostro estaba endurecido por la fatiga y por la tensión con que intentaba dominar a aquélla. Sus grandes ojos miraban al vacío. Los labios de Kino estaban apretados, como sus mandíbulas, y explican los testigos que el miedo iba con él, peligroso como una tormenta en ciernes. Relatan los mismos

que ambos parecían distantes de cuanto existía de humano; habían atravesado la tierra del dolor y alcanzado la margen opuesta; había algo mágico en torno a ellos. Los que habían acudido a recibirlos se apartaban sin dirigirles la palabra.

Kino y Juana atravesaron la ciudad como si no existiera. Sus ojos no dejaron un momento de mirar adelante, sus piernas se movían mecánicamente, como si lo hubieran aprendido demasiado bien, y su rigidez era terrible. La ciudad se asomaba a las puertas y ventanas de sus paredes encaladas a mirarlos. Kino y Juana

descendieron de la ciudad al arrabal de los pescadores, y sus vecinos les abrieron paso. Tomás alzó la mano en un saludo que no llegó a aflorar a sus labios y la mano permaneció vacilando un momento en el aire.

En los oídos de Kino la Canción Familiar era aguda como un grito, y era un grito de batalla.

Atravesaron la requemada plazuela que había ocupado su choza y no se dignaron mirarla. Bordearon los chaparrales que crecían frente a la playa y se acercaron al agua, sin mirar la destrozada canoa de Kino.

Al llegar al agua se detuvieron y

miraron hacia el Golfo. Kino dejó en el suelo su rifle, rebuscó entres sus ropas extrajo la gran perla. Contempló su superficie gris y suave. Ante sus ojos desfilaban rostros malignos entre resplandor de llamas. En la nacarada superficie veía los ojos agónicos del trampero ahogándose y a Coyotito en el fondo de la caverna con la cabeza partida de un balazo. La perla era fea, gris, maligna. Kino oía su música, melodía de locura.

Temblándole la mano se volvió hacia Juana enseñándole la joya. Ella seguía a su lado con el sanguinolento saco al hombro; miró la perla en la

mano de él, luego a sus ojos y dijo en voz baja:

—No, tú.

Kino echó atrás el brazo y lanzó la perla con toda su fuerza. La vieron brillar unos instantes a la luz del sol y luego la salpicadura en el mar a lo lejos.
`

Permanecieron largo rato con la mirada puesta en el mismo punto.

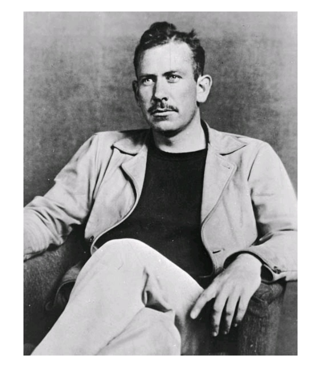
La perla entró en el seno de las aguas verdosas y descendió lentamente hasta el fondo.

Los ondulantes tallos de las algas la atrajeron y ella se dejó abrazar. Las luces verdes del mar se repetían con

gran belleza en su superficie.

Por encima, el agua era un espejo ondulante. Un cangrejo que se arrastraba entre el limo levantó una nube de arena y cuando el agua recobró su nitidez la perla había desaparecido.

Y su música se convirtió en un murmullo que no tardó en extinguirse.



JOHN STEINBECK (1902-1968), nació en Salinas, California, miembro de una familia de clase media. Se abrió camino por su cuenta trabajando durante su estancia en la Universidad de Stanford, aunque nunca se graduó. En 1925 se trasladó a Nueva York, donde intentó durante unos pocos años establecerse

como escritor, pero no lo logró y regresó a California. Después de publicar algunas novelas y cuentos, Steinbeck llegó a conocerse ampliamente con *Tortilla Flat* (1935), una serie de historias humorísticas sobre los *paisanos* de Monterrey.

Las novelas de Steinbeck se pueden clasificar como novelas sociales que se ocupan de los problemas económicos de los trabajadores de zonas rurales, pero también hay una racha de culto a la tierra en sus libros, que no siempre están de acuerdo con su enfoque sociológico. Después del humor áspero y terrenal de *Tortilla Flat*, se trasladó a la ficción

más grave, a menudo agresivo en su crítica social, como en *Hubo una vez una guerra* (1936), que trata de las huelgas de los recolectores de fruta en las plantaciones de California. Esta fue seguida por *De ratones y hombres* (1937), la historia de Lennie el gigante idiota, y una serie de admirables relatos cortos reunidos en el volumen *El Valle Largo* (1938). En 1939 publicó lo que se considera su mejor obra, *Las uvas de la ira*, la historia de los arrendatarios de Oklahoma que, incapaces de ganarse la vida de la tierra, se mudó a California donde se convirtieron en trabajadores migratorios.

Entre sus últimos trabajos cabe mencionar *Al este del Edén* (1952), *El invierno de mi desazón* (1961), y *Los viajes con Charley en busca de América* (1962), un diario de viaje en la que Steinbeck escribió sobre sus impresiones durante una gira de tres meses en un camión que lo llevó a través de cuarenta estados americanos. Entre otros galardones, recibió el Premio Nobel de Literatura en 1962. Murió en Nueva York en 1968.